



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— ¡Y vos — replicó Keraban — que estais por bajo del poor fumador!

Entonces los dos hablaron tan alto, bajo la impresion de la cólera, que desde fuera se les oia. Verdaderamente habian llegado á punto de injuriarse. Pero en aquel momento Ahmet apareció. Bruno y Nizib, aterrados por el ruido, le seguian. Los tres se detuvieron en el dintel de la glorieta.

— ¡Toma! — exclamó Ahmet riéndose á carcajadas: — mi tío Keraban está fumando el narghilé del señor Van Mitten, y éste está fumando el de mi tío. Bruno y Nizib le hicieron coro.

En efecto, al recoger las boquillas, los dos contradictorios se habian equivocado, y habian cogido el tubo el uno del otro, lo que hacia que, sin apercibirlo, y continuando proclamando las cualidades de su tabaco predilecto, Keraban fumaba latakí, mientras que Van Mitten fumaba tombekí.

Verdaderamente no pudieron ménos de reirse, y

finalmente se dieron la mano como dos amigos, á los que una discusion, áun sobre un punto tan grave, no alteraba su amistad.

— Los caballos están en el carruaje — dijo entonces Ahmet. — No tenemos más que partir.

— Partamos, pues — respondió Keraban.

Van Mitten y él entregaron á Bruno y á Nizib los dos narghilés, transformados en armas de guerra, y todos se colocaron en el coche de viaje.

Pero al subir, Keraban no pudo ménos de decir muy bajo á su amigo:

— Puesto que lo habeis probado, Van Mitten, confesad que el tombekí es superior al latakí!

— ¡Lo confieso! — respondió el holandés — que se pavoneaba de haber tenido una grave discusion con su amigo.

— Gracias, amigo Van Mitten — respondió Keraban emocionado por tanta condescendencia y por una confesion que no olvidaría jamas.

De nuevo los dos amigos se pactaron con un vigoroso apretón de manos, nueva prueba de amistad que no debía romperse nunca.

Sin embargo, el carruaje, arrastrado por el galope de los caballos, rodaba con rapidez sobre el camino del litoral.

Á las ocho de la noche llegaron á la frontera de la Abkasia, y los viajeros hicieron alto en el relevo de postas, donde durmieron hasta la mañana siguiente.

XVII.

ES EL QUE SUCEDE UNA AVENTURA DE LAS MÁS GRAVES, QUE TERMINA CON LA SEGUNDA PARTE DE ESTA HISTORIA.

La Abkasia es una provincia aparte, situada en medio de la region caucásica, en la que el régimen civil no se ha introducido todavía, y que no cuenta más que con el régimen militar. Tiene por limite al Sur el rio Ingour, cuyas aguas forman los límites de la Mingrelia, una de las principales divisiones del gobierno de Koutais.

Es una bonita provincia, y ademas una de las más ricas del Cáucaso; pero el sistema que la rige no es conveniente para dar valor á sus riquezas. Solamente algunos de sus habitantes llegan á ser propietarios de un terreno, que antes pertenecía á los príncipes actuales, descendientes de una dinastía persa. Así es que el indígena está todavía medio salvaje, teniendo apenas la noción del tiempo, sin lenguaje fijo, hablando una especie de dialecto que sus habitantes vecinos no pueden comprender (tan pobre, que le faltan palabras para expresar las ideas más elementarias).

Á Van Mitten no se le olvidó apuntar el vivo contraste de aquella comarca con los distritos más avanzados en civilización, que acababa de atravesar.

Á la izquierda del camino se desarrollaban campos de maíz, raramente campos de trigo; cabras y carneros, muy vigilados por los pastores; búfalos, caballos y vacas, errando en libertad en los pastos; hermosos árboles, álamos blancos, ligueras, nogales, robles, tilos, plátanos, grandes chaparros de boj y acebos; tal era el aspecto de aquella provincia de la Abkasia. Una intrépida viajera, la señora Carola Serena, dice con justicia que, á sí se comparan entre aquellas tres provincias limítrofes una de la otra, la Mingrelia, Abkasia y Samourzakan, puede asegurarse que sus respectivas civilizaciones están en el mismo grado de adelanto que la cultura de las montañas que las rodean; la Mingrelia, que socialmente marcha á la cabeza, posee grandes montañas pobladas de árboles, que proporcionan no pocas riquezas; la Samourzakan, más atusada, presenta un aspecto medio salvaje; y finalmente, la Abkasia, que se conserva casi en su primitivo estado, no posee más que un escalón de montañas incultas, á las que no ha tocado todavía la mano del hombre. La Abkasia, por lo tanto, es la que, de todos los distritos caucásicos, entrará más tarde en el goce de los beneficios de la libertad individual.

La primera parada que hicieron los viajeros des-

pues de haber atravesado la frontera fué en el pueblo de Gagrí, bonita aldea, con una encantadora iglesia de Santa-Hypata, cuya sacristía sirve usualmente de lagar; un fuerte, que es al mismo tiempo hospital militar; un torrente seco en la actualidad, el Gagrinska, el mar por un lado; por el otro una campiña compuesta de árboles frutales, plantaciones de hermosas acacias, sembrados de lasquecillos de esas odoríferas. En lontananza, á unas cincuenta verstas, se destaca la cadena limítrofe entre la Abkasia y la Circasia, cuyos habitantes, exterrados por los rusos en la sangrienta campaña de 1859, han abandonado aquel hermoso litoral.

El carruaje llegó á dicho punto á las nueve de la noche, y allí pernoctaron los viajeros. El señor Keraban y sus compañeros descansaron en uno de los dokkans de la posada, y volvieron á partir á la mañana siguiente. Al mediodía, seis leguas más lejos, encontraron en Pizunda caballos de refresco. Abi Van Mitten ocupó una media hora en admirar la iglesia donde residieron los antiguos patriarcas del Cáucaso occidental; aquel edificio, con su cúpula de ladrillos, antes cubierta de cobre; la construcción de sus nervos, siguiendo el plano de la cruz griega; los frescos de sus paredes y su fachada sombreada por sencillos olmos, merece incluirse entre los más curiosos monumentos del período bizantino del siglo sexto.

Después, en aquel mismo día, pasaron por los poblillos de Gonduti y de Gomista, y á la medianoche, después de una rápida etapa de diez y ocho leguas, los viajeros descansaban algunos hornos en el pueblo de Soukhoum-Kalé, situado sobre una mesabaja foránea, que se extiende por el Sur hasta el cabo Kodor.

Soukhoum-Kalé es el principal puerto de la Abkasia; pero la última guerra del Cáucaso ha destruido en parte la ciudad, en la que residía una población híbrida de griegos, armenios, turcos, rusos, y tuvo en mayor número que los abkasiams. Sin embargo el elemento militar domina, y los *steamers* de Odessa de Poti mandan numerosos revisores á los cuarteles, construidos cerca de la antigua fortaleza, que construyeron en el siglo sexto, bajo el reinado de Amurah, época de la dominación otomana.

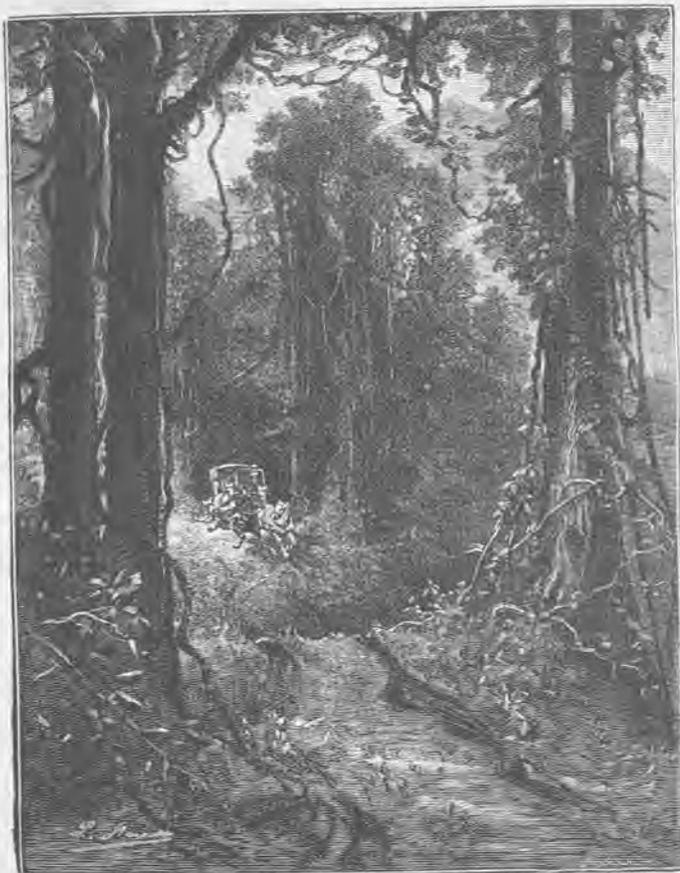
Una comida al estilo georgiano, compuesta de una agria cocida con pollo, guisado de carne rellena, una nata con leche ácida y azafrán (comida que no podría ser apreciada, sino muy medianamente, por los turcos y los holandeses), precedió á la partida á las nueve de la mañana.

Después de haber dejado atrás la bonita provincia de Kelasouri, construida en el sombrío valle de Kelassur, los viajeros franquearon el Kodor á veintiseis verstas de Soukhoum-Kalé. El carruaje costó unos pocos bosques, que podían compararse á verdaderas selvas vírgenes, con inextricables lianas, pobladas de malezas, indestructibles, á no ser por el hervor del fuego, y en las que no faltan ni serpientes, ni lobos, ni osos, ni chacales (un rincón de la América tropical, arrojado sobre el litoral del mar Negro). Pero ya el hacha de los exploradores hace su papel á las ves de aquellos bosques tan respetados durante tan-

tos años, cuyos hermosos árboles desaparecerán en seguida para las necesidades de la industria, carpinteros de casas ó de navíos.

Otchemchiri, cabeza de partido del distrito que abraza el Kodor, y el Samourzakan, importante provincia marítima, asentada entre dos corrientes de agua; Ilori, cuyo santuario bizantino merece ser vi-

sitado; pero por falta de tiempo no pudo serlo en aquella ocasión; Gajida y Anaklifa se dejaron atrás en aquel mismo día (uno de los más largos por las horas que emplearon corriendo, uno de los más rápidos por el espacio que devoraron el galope de los caballos). Aun así, por la noche, á las once, los viajeros llegaron á la frontera de la Abkasia, vadearon el río



El carruaje costó mibras bosques.

Ingour, y veinticinco verstas más lejos, se detenían en Redout-Kalé, cabeza de partido de la Mingrelia, una de las provincias del gobierno de Koutais.

Las horas que quedaron de la noche se consagraron al sueño. Sin embargo, por fatigado que estuviese, Van Mitten se levantó muy temprano, con el fin de hacer por lo ménos una excursión provechosa ántes de su partida. Pero encontró á Ahmet levantado tan pronto como él, mientras el señor Kerában dormía todavía en una confortable habitacion de la posada principal.

— ¿Ya estás levantado? — dijo Van Mitten al ver á Ahmet que iba á salir. — ¿Abrigais la intencion de acompañarme en mi matinal paseo?

— ¿Hay tiempo acaso, señor Van Mitten? — respondió Ahmet? — ¿No es necesario que me ocupe de renovar las provisiones del viaje? No tardaremos en atravesar la frontera ruso-turca, y creo no sería conveniente hacerlo en los desiertos del Zaristan y la Anatolia. ¡Ya veis que no tengo un instante que perder!

— Pero despues que hagais todo eso — respondió el holandés — ¿no dispondréis de algunas horas?... —

— Cuando ejecute eso, señor Van Mitten, tendré que revisar la carroza, y que entenderme con un carretero para que apriete bien las tuercas, dé grasa á los ejes, que observe si el freno marcha bien, y que cambie la cadena de la arrastradera. ¡Es necesario

que al pasar la frontera no nos detengamos en hacer reparos! Aguardo reparar el carruaje y cuento con que acabará al propio tiempo que nosotros este extraño viaje.

— Bien; pero cuando hagáis eso.... — repitió Van Mitten.

— Hecho eso, me ocuparé del relevo, é iré á la casa de postas para arreglar el negocio.

— Muy bien, pero despues.... — añadió Van Mitten, que no desistía de su idea.

— Despues — respondió Ahmet — será hora de partir y partiremos. Así, pues, os dejo.

— Un instante, jóven amigo — repuso el holandés; — permitidme haceros una observacion.

— Hablad, pero deprisa, señor Van Mitten.

— ¿Sabréis, sin duda, lo que es esta curiosa Mingrelia?

— Algo.

— ¿Es la comarca regada por el poético Phasé, cuyas pepitas de oro venían á incrustarse en las escaleras de mármol del palacio levantado en sus orillas?

— En efecto.

— Aquí se extiende aquella legendaria Cólchida, donde Jason y sus argonautas, ayudados por la mágica Medea, fueron á conquistar al precioso toison que defendía un formidable dragon, sin hablar de los terribles toros que vomitaban fantásticas llamas.

— No digo que no.

— Finalmente, aquí es, en estas montañas que se presentan en el horizonte, sobre la roca Khombí, dominando la moderna ciudad de Kontáís, donde Prometeo, hijo de Jafet y de Clímene, despues de haber arrebatado con loca audacia el fuego del cielo, fué encadenado por orden de Júpiter, y allí es donde un buitre le roe eternamente las entrañas.

— Nada más cierto, señor Van Mitten; pero, os lo repito, tengo prisa. ¿Á dónde queréis venir á parar?

— ¡Ah, mi jóven amigo! — respondió el holandés con amabilidad suma; — algunos dias en esta parte de la Mingrelia y hasta en el Kontáís podrían emplearse con notable provecho para nuestro viaje y....

— ¿Cómo! — respondió Ahmet — ¿nos proponéis quedarnos algun tiempo en Redout-Kale?

— ¡Oh! cuatro ó cinco dias serian suficientes....

— ¿Propondriais eso á mi tio Keraban? — preguntó Ahmet con malicia.

— ¡Yo.... jamas! — respondió el holandés. — Eso sería materia de discusion, y despues de la sensible escena de los marghiles, os lo aseguro, no quiero entablar una discusion con ese buen hombre.

— ¡Y hacéis muy bien!

— Pero en este instante, no es el terrible Keraban al que yo me dirijo, es á mi jóven amigo Ahmet.

— Os engañáis, señor Van Mitten — respondió Ahmet, cogiéndole la mano. — No es á nuestro jóven amigo al que habláis en este momento.

— ¿Pues á quién?....

— Al prometido de Amasia, señor Van Mitten, y ya sabéis que el prometido de Amasia no tiene ni una hora que perder.

Entónces Ahmet se separó de él para ocuparse de los preparativos del viaje. Van Mitten, algo depecha-

do, no tuvo más remedio que resignarse á dar un paseo poco instructivo por la provincia de Redout-Kale en compañía del fiel pero amostazado Bruno.

Al mediodía, todos los viajeros se hallaban pres- tos á partir. El carruaje, examinado con cuidado, arreglado por algunos sitios, prometia recorrer largas distancias en excelentes condiciones. La caja de las provisiones bien repleta; no habia nada que temer bajo aquel punto de vista, durante un número considerable de verstas, ó mejor dicho, agatchs, pues que iban á atravesar las provincias de la Turquía asiática, en aquella segunda parte del itinerario, por Ahmet, como hombre provisor, no podia ménos de alegrarse de haber previsto todas las eventualidades que pudieran surgir, tanto respecto á la alimentación como á la locomocion.

El señor Keraban no veía sin verdadera satisfaccion efectuarse los trayectos sin incidentes y accidentes. De qué manera quedaria satisfecho su amor propio de antiguo turco, en el momento en que apareciese en la orilla izquierda del Bósforo, despreciando á las autoridades otomanas, así como á sus decretos y contribuciones injustas, sería inútil decirlo.

En fin, Redout-Kale, no hallándose más que á veinte verstas de la frontera turca, ántes de veinticuatro horas el más testarudo de los Osmanlies contaba con poner el pié en tierra otomana. Allí estaría en su casa.

— ¡En marcha, sobrino, y que Allah continué protegiéndonos! — exclamó alegremente.

— En marcha, tio — respondió Ahmet.

Y los dos se colocaron en el empé, seguidos de Van Mitten, que trataba en vano de apercibir aquella mitológica cima del Cáucaso, sobre la que Prometeo se piaba su sordlega tentativa.

Partieron bajo los chasquidos del látigo del *iemshé* y los relinchos de un vigoroso tiro.

Una hora despues el carruaje pasaba la frontera del Gouriel, anexionado á la Mingrelia en 1801. Tiene por cabeza de partido á Poti, puerto bastante importante del mar Negro, donde una vía férrea comunica con Tiflis, capital de Georgia.

El camino se dirige en algun tanto hácia el interior de una fértil campiña. Aquí y allí, pueblos cuyas casas no se encuentran agrupadas, sino por el contrario, esparcidas en los campos de maíz. Nada hay tan singular como el aspecto de aquellas construcciones, que no son de madera, sino de paja trenzada como una obra de un cesterero. Van Mitten olvidó el anotar aquella particularidad en su cuaderno de viaje. Por lo tanto, ya no eran tan insignificantes los detalles que se habían esperado notar durante su paso á traves de la antigua Cólchida. Tal vez sería más feliz cuando llegase á las orillas del Kion, el rio de Poti, que no es otro que el célebre Phasé de la antigüedad, y segun algunos sabios geógrafos, uno de los cuatro cursos de las aguas del Eden.

Una hora despues, los viajeros se detienen delante de la línea del ferro-carril de Poti á Tiflis, en un sitio donde el camino corta la vía férrea, una versta ántes de la estacion de Sakaris. Allí se abría un pas-

A nivel que era necesario franquear, si se quería, acortando el camino, llegar á Potí por la orilla izquierda del río.

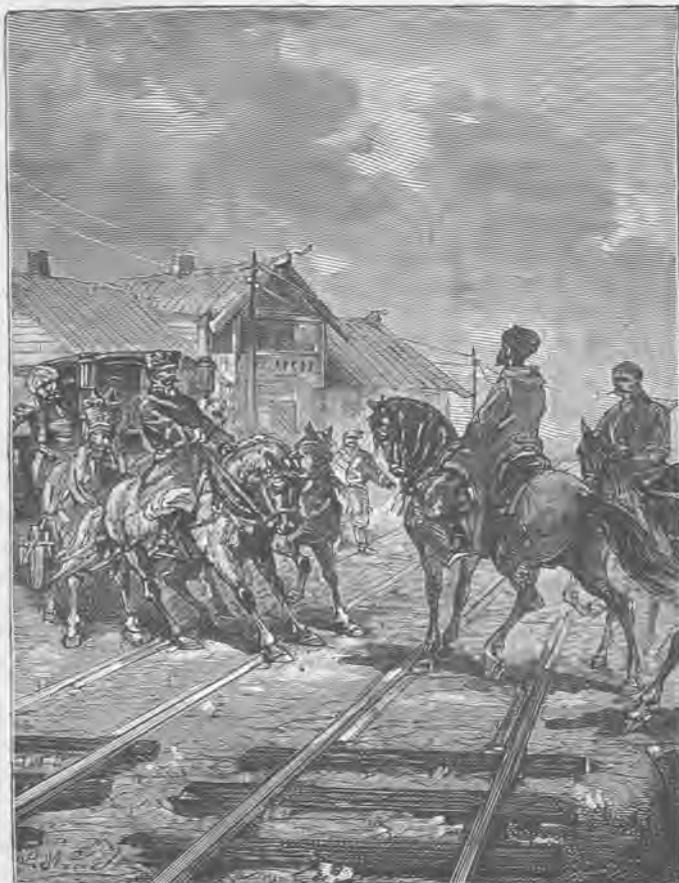
Los caballos se detuvieron delante de una barrera del ferro-carril que se hallaba cerrada.

Los cristales del cupé estaban descorridos, de modo

que el señor Keraban y sus compañeros podían verlo que pasaban delante de ellos.

El postillon comenzó por llamar al guarda, quien por el pronto no acudió al llamamiento.

Keraban sacó la cabeza de la portezuela, y exclamó :



Era necesario que el uno ó el otro retrocediese.

—¿Esta maldita Compañía de caminos de hierro nos va á hacer otra vez perder nuestro tiempo? ¿Por qué se ha cerrado esa barrera para los coches?

—Sin duda, porque va á pasar un tren —dijo sencillamente Van Mitten.

—¿Y por qué va á pasar un tren? —replicó Keraban.

El postillon continuaba llamando, sin ningun resultado. Nadie se mostraba en la puerta de la caseta del guarda.

—¡Que Allah le corte el cuello! —exclamó Keraban. —; Si no viene, sabré yo mismo abrir!....

—Un poco de paciencia, tío —dijo Ahmet, deteniendo á Keraban, que se preparaba á bajar.

—¿Paciencia?....

—¡Sí!; Hé ahí al guarda!

En efecto: el guarda, saliendo de su casa, se dirigia tranquilamente al carruaje.

—¿Podemos pasar, sí ó no? —preguntó con un tono seco Keraban.

—Puedeis —repuso el guarda. — El tren de Potí no llegará antes de diez minutos.

—Abrid la barrera entonces, y no nos hagais retrasar inútilmente; Tenemos prisa!

—Voy á abrir —respondió el guarda.

Primeramente fué á empujar la barrera colocada al otro lado de la vía, y despues volvió para abrir la que estaba enfrente del carruaje; pero todo lo ejecutó

con mucha calma, como hombre que no tiene para las exigencias de los viajeros más que una indiferencia marcada.

El señor Keraban se hallaba impaciente.

Por fin el paso quedó libre por los cuatro lados, y el carruaje se aventuró á través de la vía.

En aquel momento, al lado contrario apareció un grupo de viajeros. Un señor turco, montado sobre un magnífico caballo, seguido de cuatro caballeros que le escoltaban, se disponía á franquear el paso.

Era, sin duda alguna, un elevado personaje. De unos treinta años de edad, su estatura elevada



¿Queréis dejarme libre el paso? exclamó.

destacaba con aquella nobleza particular de las razas asiáticas. Figura bastante buena, ojos animados únicamente por el fuego de la pasión, frente espaciosa, barba negra, cuyas rizadas puntas descendían hasta la mitad del pecho, y sus á veces entreabiertos labios dejaban ver una blanquecina dentadura; poseía, en suma, la fisonomía de un hombre imperioso, distinguido por su situación y su fortuna, acostumbrado á la realización de todos sus deseos, al cumplimiento de todas sus voluntades, y al cual cualquiera género de resistencia le hubiera conducido al mayor exceso. Había algo de salvaje en aquella naturaleza, cuyo tipo turco confinaba con el árabe.

Este señor llevaba un sencillo traje de viaje, cotado á la moda de los ricos osmanlíes, que son más

asiáticos que europeos. Sin duda bajo aquel cafetan de color oscuro se disimulaba el rico personaje que era.

En el momento en que el carruaje se dirigía á la mitad de la vía, el grupo de caballeros hizo lo propio. Como la estrechez de las barreras no permitía al carruaje y al grupo pasar al mismo tiempo, era necesario que el uno ó el otro retrocediese.

El carruaje se había detenido, mientras que los jinetes hacían otro tanto; mas no parecía que el señor extranjero tuviese la intención de ceder el paso al señor Keraban. ¡Turco contra turco! Aquello podía muy bien atraer alguna complicación.

(Se continuará.)

— Los *hainis* y los *bosh* son negros, no son traidores como esos bribones *pieles-rojas*, y tampoco son hornachos. Beben menos aguardiente que los blancos, y cuando estén en una de sus canoas os hallaréis en completa seguridad. Son gentes muy honradas, muy fieles, y no entregan nunca á quien conceden hospitalidad.

— Es cierto — dijo Casimiro.

— ¿Es decir que opináis que debemos permanecer aquí algunas semanas?

— Aquí mismo, no; pero á algunos ventehaños ó quiles de metros. Debeis construir una choza de madera y no dejar huellas de vuestro paso.... Sobre todo, ni un corte en los árboles. Esos indios son tan maliciosos como los monjes.

— ¿Cuánto nos costará el pasaje en una canoa boni?

— Todavía tenéis en la tierra y en los árboles lo suficiente para alimentar veinte personas durante un mes. Al fin de la estacion de las lluvias, los negros del Maroni han agotado todas sus provisiones y están flacos como fideos. Conseguiréis todo lo que queráis dándoles viveres.

— Me parece bien, tanto más cuanto que no veo por ahora otro partido que tomar.

— Si me considerais útil para algo, podeis disponer de mí. Ya sabéis qué no soy desagradecido.

— Ya lo sé, *Goulet*, y tenéis toda mi confianza.

— Hacedis bien.... Nosotros somos así; ó enteramente buenos, ó enteramente malos. Una vez empezado el camino, vamos hasta el fin. Gracias á vos ha emprendido buena ruta. Más vale tarde que nunca. A propósito. Allá abajo, cerca del sitio en que ocultasteis la canoa, en la orilla derecha del arroyo, hay un bosque inmenso, tan poblado que no cabe un alfiler, siendo imposible abrirse paso en él. Está rodeado de millares de anaras, cuyas espinas se levantan como millones de caballos de frisa. No se puede llegar sino siguiendo el cauce de un pequeño afluente del arroyo que tiene un metro de profundidad y otro de ancho. Ese arroyo se pierde en una sabana y detras de ella está el sitio de que os hablo.

— ¿Pero cómo se atraviesa esa sabana?

— ¡ Ah! He encontrado debajo de las hierbas y del fango un canalito sólido que debe ser de roca y estrecho como la hoja de un encillido. Con un poco de buena voluntad y un palo fuerte, se puede uno sostener sobre él. Cuando estéis en vuestra casa, es decir, en medio de aquel barullo de hierbas, de bejuocos y de árboles, ni el diablo mismo podría encontraros.

— Muy bien; así, caminando por el lecho del arroyo, no dejaremos huella alguna.... Mañana partiremos.

— Sí, mañana — repitió como un eco dócil el pobre Casimiro ya tranquilizado por la confianza y por la sangre fría de su compañero.

— Ya os guiaré — dijo el forzado vscelando un poco. — ¿Me autorizais para que siga á vuestro lado? — terminó con acento de súplica.

— *Quedass.*

Al día siguiente abandonaban los tres hombres aquel valle.

— El buen Dios no quiere que touera — dijo el negro suspirando.

— Delicioso país, muy delicioso. ¿Queréis negros? Pues ahí los tenéis; árboles sin ramas con hojas de zinc como la chimenea de los baños de la *Sauriana*, casas con persianas, animalitos que te acorilla desde la mañana hasta la noche, un sol que no da sombra, una temperatura de horno de cal, fríos.... ¡ Oh! frutos que parecen conservados en esencia de trementina. Haré un omelette con sabañones, hoy se me pelan las orejas y me voy á quedar sin pellejo en la nariz. ¡ Delicioso país!

Una mujer completamente embutada, pálida, de rostro un tanto marchito, escuchaba, sonriendo tristemente, aquella salida pronunciada sin tomar aliento por un robusto mozo de unos veinte años, cuyo imitable acento denunciaba á un verdadero parisiense.

— Y además de esto — continuó el joven — manas y papagayos en todas las casas gritando y haciéndole todo pedazos. En cuanto al lenguaje de los indígenas es muy curioso. *Taki, lagu, lagu, taki*; no se oye más. Para entenderlos es otra cosa. El alimento se compone de pescado seco, como suela de zapato; pepilla, una especie de puré que da miedo el verlo solamente. Sin embargo, todo eso son bagatelas en comparación con la dicha que nos ha procurado el viaje. ¡ Cuánta agua, Dios mío, cuánta agua! ¡ Para mí que no conocía más que el Sena en Saint-Ouen! Se dice que los viajes sirven para formar á la juventud. Espero que éste formará la mía. Pero estoy charlando como ese gran papagayo con el que he querido jugar esta mañana y que me ha roto la yema del dedo. Así no se adelanta nada; voy á despertar á los niños que siguen durmiendo en esas infames máquinas que llaman hamacas.

— Yo no duermo, Nicolás — dijo una voz de niño saliendo de una hamaca cubierta con un mosquetero.

— Tú no duermes, Enriqueito.... — repuso Nicolás.

— Yo tampoco — dijo otra voz.

— Es preciso dormir, Edmundo. Ya sabes que es preciso estar en la cama por el día para evitar las insolaciones.

— Quiero ver á papá. Me canso de estar acostado.

— No seas malos, hijos míos — dijo la desconocida. — Mañana partiremos.

— ¡ Oh, me alegro mucho, mamá!

— ¿ Irémos también por el agua?

— Sí, hijo mío.

— Entonces me pondré muy triste.... Pero luego veré á papá.

— Está resuelto. ¿ No es verdad, señora Robin? Mañana dejaremos este país de negros que nosotros llamamos Surinam, y que la gente del país lo dice Paramaribo. Ea, no se diviertan en el camino nuestros postillones de agua salada. Salimos de Holanda hace poco más de un mes, no hemos estado aquí más que cuatro días, y ya, crac.... levamos para.... voy al amo. Me alegro de dejar este país. No será mejor

al otro, pero al menos estaremos en familia. Señora, ¿no sabéis nada?

—Nada, hijo mío. Me parece un sueño esta rápida sucesión de acontecimientos inesperados. Esos misteriosos amigos han cumplido todas sus promesas. Aquí, como en Amsterdam, éramos esperados. Sin su intervención hubiéramos estado perdidos en este país, cuya lengua y costumbres ignoramos completamente. El corresponsal que nos ha recibido provee á todas nuestras necesidades, y mañana nos vamos. No sé nada más. Esos desconocidos, personas finisimas, sin ser oficiosas, fríos como hambres de negocios, son puntuales como si obedecieran una consigna.

—¡Ah! sí, esto es por la carta del corresponsal que tiene anteojos y cabeza de carnero, M. van de... de... no sé de qué. No se apresura, pero tiene la actividad de un jofío, como lo que es. En fin, hasta ahora no hemos tenido queja de ellos. Hemos viajado como embajadores. Veremos el final. Ahora volveremos á embarcarnos, jugaremos al olímpico sin cesar, contentaremos nuestros pobres individuos sacudidos como un harnero, nos divertiremos mucho.

—¡Valor, hijo mío!—dijo sonriendo á pesar suyo la señora Robin, á quien entreterrándole aquellas hurras ralas.—Dentro de tres días habremos llegado.

—¡Oh! No hagáis caso de lo que he dicho. Son tonterías mías. Lo esencial es que vos y los niños podáis soportar este terrible zarandeo.

En efecto, al día siguiente los seis pasajeros se embarcaban á bordo del *Tropic-Bird*, una hermosa balandra de ochenta toneladas que dos veces al mes hace el servicio de la costa holandesa; y comunica con las rancherías del río de Surinam, y provee de viveres á los hombres que permanecen en el *Light-Ship*, literalmente *Barco-luz*, que sirve de faro y está anclado en la desembocadura del río.

El corresponsal, que es uno de los más ricos negociantes isleños de la colonia, ha asistido al embarque. Los niños, vestidos con ligeros trajes de cañilla, llevan abiertas sus cabezas con pequeños *salacos* destinados á preservar sus cabezas de los implacables ardores del sol equatorial. Nicolás ha inaugurado aquel ornato exótico con el cual parece un mandarín.

El capitán recibe en persona á los pasajeros, el corresponsal también con él algunas palabras en holandés, saludó luego respetuosamente á la señora Robin y baja á la caoba.

El ancla está levada, la marea está inmóvil, dentro de pocos minutos empezará el refrijo. El *Pájaro del Pródigo* se inclina graciosamente sobre la banda de estribor, agítanse las velas, y parte.

Son las seis de la mañana. El sol muestra súbitamente su rojo disco como un fuego artificial encendido sobre las cortinas de paletuvios que limitan ambas orillas.

La ciudad que se aleja, el agua que hierve bajo la quilla, los nupales inmóviles sobre su pedestal de raras entrelazadas, todo parece que despiende llamas.

Los pájaros, sorprendidos por aquella incandescencia, huyen á todo volar. Garzotas de penacho, sacras solitarias, papagayos charlatanes, flamencos

rojos de sangriento plumaje, gaviotas vocingleras, vuelan en torbellino sobre el buque, y parece que lo escoltan deseándole buen viaje.

El fuerte de Amsterdam con sus glácis cubiertos de césped, y sus sombríos cañones tendidos sobre la hierba como enormes reptiles, desaparece poco á poco. Sucédense las rancherías con sus altas chimeneas coronadas por un penacho de esped humo. Los campos de caña de azúcar, amidos como un tapete de mesa de billar, se extienden por todas partes ofreciendo á la vista ese tono verde claro de sin igual dulzura. Los negros, á quienes la distancia hace aparecer muy pequeños, miran pasar al *Tropic-Bird* y le saludan con grandes exclamaciones.

Aquí está la Resolución, admirable plantación en la que trabajan más de quinientos esclavos. En seguida el *Light-Ship*, con su tripulación negra y su mástil terminado por un poderoso reflector. El piloto baja y vuelve á ocupar su puesto en el barco-faro hasta que se divise otro buque. Hé ahí, por fin, el Océano, con sus amarillentas aguas, sucias, fangosas, de olas cortas y duras sobre las que empieza á danzar la balandra.

El viaje de la Guayana francesa á la Guayana holandesa se verifica con gran facilidad, gracias á la corriente del Este-Nordeste, que aparta á los buques de la region equatorial. La travesía desde el Maroní al río de Surinam se hace en veinticuatro horas, á la vuelta: pues á la ida se emplea más tiempo. Se han visto buques con viento contrario que han permanecido ocho ó diez días en el mar sin poder marchar adelante.

De este inconveniente están amenazados nuestros pasajeros. La corriente tiene nudo y medio de velocidad, ó sean dos mil setecientos setenta y ocho metros por hora, pues cada nudo tiene mil ochocientos cincuenta y dos metros.

Felizmente se levanta una brisa de popa, caso excepcional, que permite á la balandra tomar la corriente y hacer cuatro nudos.

La esposa del proscrito, sentada con sus hijos bajo la toldilla de popa, miraba distraidamente la estela del buque, permaneciendo insensible al balanceo, al rigor del sol, contando los minutos y salvando con el pensamiento el corto espacio que la faltaba recorrer. Los cuatro niños subrellevaban muy bien el movimiento del mar.

No le sucedió lo mismo al pobre Nicolás que, pálido, desencajado, con las narices dilatadas, tendido sobre un rollo de cuerdas, sostenía un desesperado combate con las náuseas.

El ligero buque, con las velas bien amuradas, cabeceaba rudamente á causa de la marejada, y el parisiense, atontado por aquel movimiento, creía que estaba próximo á entregar su alma á Dios.

Una vez sacó á la señora Robin de su profunda meditación. Era la del capitán que estaba delante de ella, en pie y con sombrero en mano en la actitud más respetuosa.

—Vuestra presencia en el *Tropic-Bird* es una dicha para mí buque. Jamás se ha anunciado tan buena travesía.

— ¿Sois francés? — dijo ella no ménos sorprendida de la corrección de aquella frase que del acento con que fué pronunciada.

— Soy capitán de un buque holandés — repuso el oficial evitando una contestación directa. — En nuestro oficio es preciso saber varias lenguas. Además, no

tiene ningún mérito que hable el idioma de vuestro país, pues en él han nacido mis padres.

— ¡Oh! señor, ya que me encuentro en vos un compatriota, ya que hace días estoy recorriendo ese camino tan misteriosamente trazado, decidme algo, decidme dónde encontraré al que lloro, y á quién



Sostenía un desesperado combate con las mímicas.

veré esta dicha. ¿Qué debo hacer? ¿Á dónde me lleváis?

— Señora, ignora de quién proceden las órdenes que tengo el gusto de obedecer. Tengo alguna sospecha, pero el secreto no me pertenece. Todo lo que puedo decirle á vos, la valerosa mujer del proscrito, es que no manda este buque sin motivo, y que vuestro esposo no es el primer condenado político que ha conseguido fugarse. Por desgracia, el Gobierno holandés que ántes lucía la vista guarda ahora de las evasiones, afecta hoy, temiendo sin duda alguna com-

plificación diplomática, confundir los condenados políticos con los criminales ordinarios, y los entrega á la administración francesa. Esto hace que obremos siempre con excesiva reserva y adoptando precauciones increíbles. Vuestro marido debería estar desde hace tiempo en Paramaribo, mientras que vos debéis subir la corriente del Maroni, hasta más allá de los establecimientos civilizados, esperar con paciencia su llegada y estar en condiciones difíciles.

— ¡Oh! No me importa la miseria; soy fuerte, mis hijos ya no tienen patria y vivirán en donde estén en

padre. Más vale este país abandonado que la Francia que nos arroja y de la cual he salido florando.

—Entre otras precauciones indispensables —añadió el capitán, conovido á pesar de su frialdad y con acento algo turbado— os ruego, señora, que empleéis un subterfugio á fin de engañar á vuestros compatriotas en el caso de que nos viéramos obligados á abordar la costa francesa.

—Decidme lo que debo hacer. Estoy dispuesta.

—Llamaria la atencion, y con justo motivo, vras en tal lugar acompañada de vuestros hijos.... Seria conveniente, en caso necesario, que yo pasase por un momento.... como si fuera su padre.

—¿Hablais inglés?

—Como mi lengua materna.

—Perfectamente. No diréis ni una palabra en frances. Si os hablan, si por casualidad os interrogan, responded invariablemente en inglés. En cuanto á vuestros hijos, el mayor quizas le hable.

—Si.

—Procurarémos que los otros no sean vistos. Mi buque se detiene en Albino, delante de la factoria fundada por un negociante holandés. Bajo pretexto de llevar á mi familia á una jira campestre para ver, por ejemplo, el salto Hermína, os confiaré á dos hombres de mi tripulacion, dos negros de cuya fidelidad estoy seguro. Os desembarcarán en un islote situado á tres cuartos de hora de las corrientes, y atenderán á vuestras necesidades. No me moveré hasta que regresen, y despues de una afirmacion escrita de que habeis encontrado á vuestro marido.

—Está bien, señor. Lo comprendo todo y á todo suscribo. Suceda lo que quiera no desmayaré. Hace tiempo que me he despedido de la vida civilizada que me ha arrebatado la felicidad. ¡Ojalá que la vida salvaje proporcionase un consuelo á mis penas y un lenitivo á mis dolores! En todo caso, creed señor, vos, la persuasacion de nuestros desconocidos bienhechores, que mi reconocimiento es profundo, inalterable. Quiera quiera que seáis, sea cual fuere la suerte que el porvenir nos reserva á todos, el que sufre y espera os bendecirá, y esos pobrecitos desterrados se mirán siempre á él en este pensamiento de gratitud.

Como habia dicho el misterioso capitán, la presencia de los proscriptos en el *Tropic-Bird* era de buen agüero para el buque. La memoria de los marineros guayaneses no recordaba ninguna travesía más rápida. Navegó tan velozmente la balandra, que treinta y seis horas despues de dejar el río Surinam se señaló la isla flotida, situada al extremo de la punta Galibi, que forma un lado de la desembocadura del Maroni.

Tal es la anclura del río, que apenas se veia la orilla francesa. El buque con su pabellon izado entró en el canalizo, franqueó la barra, pasó cerca de la orilla holandesa y echó anclas frente al establecimiento de Albino sin haber tocado tierra en el presidio francés.

Evitado este inconveniente, se dedicó el capitán á buscar una embarcacion indígena, embriéndole en su parte media con una especie de taldo de hojas de palmera que debia proteger á los pasajeros contra la insolacion, y la proveyó abundantemente. Por suerte,

un negro boni que se encontraba en la ranchería, iba á subir á su aldea situada á quince días de marcha en canoa, aguas arriba, y mediante algunas chucherías consintió en agregarse á los dos marineros. Aquel auxilio de un hombre avezado á la navegacion fluvial, era una fortuna inesperada.

En lugar de veinte horas no se emplearían más que doce para llegar al salto Hermína.

Para mayor seguridad se verificó el viaje por la noche, realizándose con igual felicidad que el anterior.

La señora Robin y sus hijos, algo aturridos todavía por aquella fantástica serie de acontecimientos, habítaban desde algunas horas ántes un minúsculo continente, casi circular, de unos cien metros de diámetro, con su playa de fina arena y su roca granítica.

Los pequeños Robinson, encantados con lo que veían lanzaban gritos de alegría. Nicolas, libre ya del mareo, consideraba que la vida es una gran cosa. El campamento se hallaba establecido, y el boni habia ya pescado un soberbio *aimara* que estaba asándose sobre el rescoldo. Se disponian á hacer la primera comida, cuando á lo lejos, en la orilla francesa distante unos dos kilómetros, se vió surgir un ligero vapo de humo seguido, al cabo de algun tiempo, de una detonacion. Un punto negro que no podia ser sino una canoa, se apartó de la orilla alcanzando rápidamente la mitad del río. Oyóse otra detonacion, y una segunda canoa se lanzó á perseguir á la segunda, que estaba cuatrocientos metros de distancia.

En aquellos sitios el menor incidente tiene una gran significacion, y aquel alquiritia las proporciones de un acontecimiento. Se trataba de fugitivos que importaba recobrar á toda costa, pues los perseguidores no vacilaban en servirse de sus armas.

La primera canoa aumentada de tamaño y adelantaba á la otra, pero no mucho. Se dirigia en diagonal hacia la orilla holandesa, y pronto se vió que estaba tripulada por dos hombres que bogaban al paguy furiosamente.

La otra conducia cuatro pasajeros, dos de los cuales iban armados de fusiles.

Los fugitivos se proponian interponer el islote entre ellos y sus enemigos. Era la unica maniobra posible.

La señora Robin sintió que se apretaba su corazon. ¿Á qué drama asistiría en aquella maldita tierra de la deportacion que pisaba desde hacia pocas horas?

Los niños callaban espantados. Nicolas amartillaba con poca destreza una carabina de dos tiros que le regaló el oficial holandés.

Aliviando los perseguidores el designio de los fugitivos, intentaron cortarles el camino. Seguian tirando, y sus armas debían tener un alcance excepcional, pues los aterrados espectadores de aquella escena vieron varias veces que el agua saltaba cerca de la piragua.

Ya no estaba más que á cien metros escasos de la isla. Entonces una bala bien apuntada rompió el mango del paguy del primer tripulante, que tomó otro y volvió á bogar con mayor alíne.

Á pesar de la rapidez de su movimiento, se pudo ver que era un blanco. En la popa había un negro con la cabeza descubierta.

La señora Robin vió que se levantaba una niebla delante de sus ojos, pareciéndole que la bóveda celeste, calentada hasta la incandescencia, le aplastaba bajo su peso.

Dió algunos pasos vacilantes, con los ojos extrañados, la boca abierta y las manos agarradas. Un grito terrible, extraño, delirante, se escapó de su pecho.

— ¡ Él !... ¡ Es él !... ¡ Que le matan !

Y cayó sobre la arena como herida por el rayo.



— ¡ Él !... ¡ Es él !... ¡ Que le matan !

CAPÍTULO VI.

Paisajes de la zona tórrida. — Ingreso de la *Esperanza*. — Tipos inútiles. — Hábil manobra. — ¡ Juntes !... — Píaso de una corriente. — El salto Hermína. — Desires de los bogadores del Maroni. — Padre, tengo lumbrés. — El árbol de leche. — Asaramiento de un hijo de Saint-Ouen. — Yema de huevo vegetal. — Pescados muertos de embriaguez. — El *Robina-Nika* ó Bosque borracho. — Pesca miligramos. — La anguila eléctrica. — Los Robinsones convertidos en cazadores. — ¿ Á quién debe la felicidad ? — Aventura de un tigre que se come la fritada de plimientos. — El tirano de los grandes bosques atacado del cólico.

Literalmente enterrados bajo un monte de ramaje,

esperaron el proscrito y el anciano negro el momento de recobrar la libertad.

Esta idea de enterramiento que evoca el recuerdo de los mineros perdidos en las tenebrosas galerías de una mina de hulla, podría parecer extraña al pronto, aplicada á la permanencia en un bosque. Sin embargo, la idea y la palabra no adolecen de exageración.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

La tarea que se me impuso, proporcionada á mis fuerzas, muy escasas todavía, consistió en levantar por la mañana las vidrieras cuando había pasado la helada y volver á ponerlas por la noche ántes de que cayese; durante el día colocaba las esteras encima, para preservar las plantas de los rayos del sol. Esto no era difícil ni fatigoso, pero era muy lento, pues tenía que mover dos veces al día varios contenedores de vidrieras, cuidando de dar sombra á las flores ó descubrirlas, según el ardor del sol.

Entre tanto, permanecía Lise cerca de la noria que servía para elevar el agua necesaria al riego; y cuando la vieja yegua *Cocotte*, cansada de dar vueltas, con los ojos tapados, retardaba el paso, la niña hacía que le acelerase excitándola con el chasquido de un pequeño látigo; uno de los hermanos volaba los cubos que solía la noria y el otro ayudaba á su padre: de este modo cada uno tenía su obligación y nadie perdía el tiempo.

Yo había visto trabajar á los campesinos de mi pueblo, pero no tenía la menor idea de la aplicación, de la constancia y del afán con que trabajan los jardineros de las cercanías de París, los cuales, levantándose antes del amanecer y acostándose cuando el sol se ha puesto, se entregan al trabajo por completo y consumen sus fuerzas durante aquellos largos días. También había visto cultivar la tierra, pero ignoraba lo que se puede hacer producir por el trabajo no dejando descansar. Estuve en buena escuela en casa de M. Acquin.

No siempre me invieron ocupado en cuidar de los huertos; cuando recobré las fuerzas experimenté la satisfacción de poder sembrar y plantar algunas flores y el placer aun mayor de verlas vigorosas y lozanas. Era mi propia obra, algo más, mi erención, y al pensar en ella sentía un poco de orgullo; ya era útil para alguien, y lo que más me agradaba era que lo conocía. Esto compensa grandemente los afanes que se toman.

A pesar de las fatigas que me impuso la vida nueva, me acostumbraé bien pronto á aquella existencia laboriosa, tan diferente de mi existencia vagabunda de bohémio. En vez de correr en libertad como ántes, sin más trabajo que ir siempre adelante por las carreteras, era preciso estar encerrado entre las cuatro tapias del jardín, trabajando ruidamente desde la mañana hasta la tarde, con la camisa húmeda y pegada al cuerpo por el sudor, siempre con la

regadera en la mano y los desnudos piés metidos en los surcos llenos de barro; pero á mí al rededor todos trabajaban lo mismo que yo; las regaderas de M. Acquin eran mayores que las mías, y su camisa estaba más mojada que las muestas. La igualdad en el trabajo es un gran consuelo. Y además, yo encontraba allí lo que creía haber perdido: la vida de familia; ya no estaba solo ni era un niño abandonado; tenía mi cama y mi puesto en la mesa en que nos reuníamos. Si durante el día me daban algun cachete Alexis ó Benjamín, en cuanto bajaban la mano ya no me acordaba, así como olvidaban ellos los que les daba yo; llegaba la noche y á la hora de comer no éramos más que amigos y hermanos.

En honor de la verdad debo decir que no todo se reducía á trabajos y fatigas; también teníamos nuestras horas de reposo y de alegría, muy cortas, es cierto, pero precisamente por eso parecían más deliciosas.

Todos los domingos, por la tarde, nos reuníamos debajo de un pequeño emparrado que estaba junto á la casa; cogía mi arpa, que toda la semana había estado colgada, y al compás de mis piezas bailaban los dos hermanos y las dos hermanas. Ni unos ni otros habían aprendido á bailar; pero Alexis y Benjamín estuvieron una vez en un baile de bodas en *Mille-Colomes* y conservaban algun recuerdo más ó menos exacto de lo que es una contradanza; ésta era su única guía. Cuando se cansaban de bailar me rogaban que cantase mi repertorio, y mi canción napolitana prudente siempre en Lise un efecto irresistible.

Jamás canté la última estrofa sin que sus ojos se llenasen de lágrimas.

Entonces, y para distraerla representaba con *Capi* una pieza burlesca. Los domingos también eran días de fiesta para el perro, pues le recordaban el pasado, y cuando terminaba su papel hubiera vuelto á empezar con mucho gusto.

Aquellos domingos eran para mí un día dedicado á Vitalis. Tocaba el arpa y cantaba como si él hubiera estado allí. ¡Excelente Vitalis! A medida que yo crecía, aumentaba mi respeto á su memoria. Entonces pude comprender mejor todo lo que le debía.

Dos años transcurrieron de este modo, y como M. Acquin me llevaba con frecuencia al mercado, al muelle de las Flores, á la Magdalena, al Châteauneuf-Eau ó bien á casa de las floristas á quienes surtíamos de plantas, llegué poco á poco á conocer Pa-

rís y á comprender que, si no era una ciudad de mármol y de oro como yo me habia imaginado, tampoco era una ciudad fangosa como pude creer al entrar en ella por Charenton y el barrio Mouffétard.

Vi los monumentos, entré en algunos de ellos y me paseé á lo largo de los muelles, por el jardín del

Luxemburgo, por el de las Tullerías, y por las Champs-Élysées. Vi tambien muchas estatuas, me dejó admirado el movimiento de las multitudes y pude formar idea de lo que era una gran capital.

Felizmente no se verificó mi educación tan solo por los ojos y segun la casualidad de mis paseos por



Bailaban los dos hermanos y las dos hermanas.

París. Antes de establecerse como jardinero por su cuenta, habia trabajado M. Acquin en los viveros del Jardin des Plantes, donde estuvo en contacto con hombres de ciencia y adquirió curiosidad y deseo de leer y estudiar. Durante algunos años empleó sus economías en comprar libros, y sus horas de recreo en leer aquellas obras. Despues que se casó y tuvo hijos fueron muy raras las horas de descanso, pues tenia que ganar el pan de cada día y abandonó los libros, pero no los perdió ni se desprendió de ellos,

sino que los guardó cuidadosamente en un armario. El primer invierno que yo pasé en el seno de la familia Acquin fué muy largo, y si los trabajos de jardinería no quedaron enteramente suspendidos, al ménos se retrasaron algunos meses. Entónces, y para pasar las noches juntos al fuego, se sacaron los libros y se distribuyeron entre todos. En su mayor parte eran obras de Botánica ó historias de plantas, con algunas descripciones de viajes. Alexis y Benjamín habian heredado la afición de su padre hácia el esta-

ño, y todas las noches, despues de abrir su tomo, se dormían á la tercera ó cuarta página. Yo, ménos dispuesto al sueño ó más curioso, leía hasta el momento mismo de acostarme. Las primeras lecciones de Vitalis no fueron perdidas, y cuando al entrar en la cama pensaba en esto me acordaba de él con toda mi alma.

Mi deseo de aprender recordó á M. Acquin el tiempo en que economizaba dos sueldos de su almuerzo para comprar libros, y á los que había en el armario añadió otros que me trajo de París. La elección era casual ó segun las promesas del título; pero al fin y al cabo eran libros, y si entónces introdujeron algun desórden en mi descuidada inteligencia, se borró mas tarde, conservando siempre lo bueno que encerraban. ¡Cuán cierto es que la lectura es provechosa!

Lise no sabía leer; pero al verme sumido en la lectura en cuanto tenía una hora de asueto, se despertó en ella la curiosidad por saber lo que me interesaba tan vivamente. Primero quiso arrebatarme los libros que me impedían jugar con ella; despues, viendo que volvía á leerlos, me pidió que lo hiciera en voz alta, y luego que la enseñara á leer los caracteres de imprenta: gracias á su inteligencia y á pesar de su enfermedad, los ojos suplían á los ojos y alcanzó lo que me propuse. Pero lo que ella prefería era la lectura en alta voz. Esta enseñanza creó un nuevo lazo entre nosotros. Inexpugnable en sí misma, con la inteligencia siempre dispuesta y sin preocuparse por las trivialidades de la conversacion, debía encontrar en aquella lectura lo que encontraba en otra: distraccion y paso intelectual.

¡Cuántas horas pasamos de aquel modo! Ella sentada delante de mí, sin dejar de mirarme ni un momento, y yo leyendo! La enseñé tambien á dibujar, tarea larga y difícil, pero que fue coronada por un brillante éxito. Indudablemente yo no era un gran maestro, pero nos entendíamos perfectamente, y el buen acuerdo del profesor y del discípulo vale casi siempre mas que el talento. ¡Qué alegría tuve cuando trazó algunas líneas que representaban lo que había querido hacer! M. Acquin me abrazó con entusiasmo.

—Vamos—dijoriendo—me parece que no he hecho mal en adoptarte. Ya te pagará Lise lo que haces por ella.

La pobre niña quiso que la enseñara á tocar el arpa, y sus dedos no tardaron en imitar á los míos. Pero como no podía cantar sufría y se desesperaba. Muchas veces vi en sus ojos lágrimas que me expresaban su tristeza. Mas el oyojo no persistía en su hermoso y dulce carácter; se secaba el llanto y me miraba con una especie de resignacion.

Adoptado por M. Acquin y tratado como hermano por sus hijos, hubiera seguido acaso para siempre en la Glacière sin una catástrofe que de repente llegó á cambiar la faz de mi vida, pues parecia hallarme condenado á no ser feliz por mucho tiempo, y á ver turbado mi reposo cuando más seguro me creyera, para encontrarme lanzado de nuevo en mi constante existencia de aventuras.

CAPÍTULO XXI.

LA FAMILIA DISPERSA.

Muchos dias, al hallarme solo y pensativo, me decía:

—Eres demasiado feliz, hijo mio, esto no puede durar mucho tiempo.

Yo no sospechaba de qué manera había de llegar la desgracia, pero tenía la seguridad de que había de venir cuando ménos lo pensara.

Estas cavilaciones me ponían muy triste, pero por otra parte eran convenciones, porque á fin de evitar la desgracia me aplicaba á cumplir mi cometido, imaginando que yo tendría la culpa de lo malo que me aconteciese.



Sus dedos no tardaron en imitar á los míos.

Ya he dicho que M. Acquin se dedicaba á los aliellos, cuyo cultivo es bastante fácil y produce maravillosos resultados á los jardineros de las cercanías de París, como lo prueban las grandes y frondosas plantas cubiertas de flores que llevan á los mercados en los meses de Abril y Mayo. La única habilidad necesaria al jardinero que cultiva los aliellos, consiste en escoger las plantas de flor doble, pues la moda rechaza las de flor sencilla. Pero como las semillas que se siembran dan una proporcion casi igual de plantas dobles y sencillas, hay un gran interés en no conservar mas que las primeras, pues de no hacerlo se correría el riesgo de cuidar escrupulosamente un cincuenta por ciento de plantas que sería preciso tirar al tiempo de florecer, es decir; despues de un año de cultivo. Esta elección se hace inspeccionando ciertos caracteres que ofrecen las hojas y el aspecto de la planta. Pocos jardineros saben practicar esta operacion, y á veces constituye un secreto que se guarda cuidadosamente en algunas familias

Cuando los cultivadores de alelías necesitan elegir plantas dobles se dirigen á los compañeros que poseen el secreto y aquellos *en su domicilio*, ni más ni menos que los médicos á los peritos para evacuar la consulta.

M. Acquin era uno de los más hábiles escogedores de París, y en la época en que se practicaba aquella operación, estaba ocupado todo el día. Entónces se duplicaba mi trabajo y el de Etienne, porque entre colegas no se puede hacer una visita sin vaciar un vaso de vino, ó dos, y á veces tres; y cuando había estado en las casas de dos ó tres jardineros volvía á la suya con el rostro encendido, la palabra torpe y las manos temblorosas.

Nunca se acostaba Etienne mientras él no volvía, aún cuando fuese tarde, muy tarde.

Si yo estaba despierto, ó si me despertaba con el ruido que hacía al entrar, oía desde mi cuarto la conversación.

— ¿Por qué no te has acostado? — decía el padre.

— Por saber si necesitabas algo.

— ¿Es decir que velas?

— Pues si no velase, ¿á quién hablarías?

— Quieres saber si ando derecho; ¿pues bien! Apuesto lo que quieras á que voy hasta el cuarto de los niños sin salirme de esta hilera de baldosas.

Se oía en la cocina el ruido de unos pasos desiguales y luego reinaba el silencio.

— ¿Cómo está Lise? — decía el jardinero.

— Está durmiendo; no hagas ruido.

— No hago ruido, ando muy derecho; es preciso que ande derecho porque las hijas censuran á su padre. ¿Qué ha dicho al ver que no venía á cenar?

— Nada; ha mirado tu sitio.

— ¡ Ah! Ha mirado mi sitio.

— Sí.

— ¿ Muchas veces? ¿ Ha mirado muchas veces?

— Bastantes.

— ¿ Y qué decía?

— Sus ojos decían que tú no estabas allí.

— ¿ Entónces te preguntaría por qué no estaba allí, y tú la dirías que estaba con los amigos?

— No, no me preguntaba nada, y yo nada le decía; sabe muy bien dónde estás.

— Ella lo sabía, sabía que.... ¿ Está bien dormida?

— No, hace solamente un cuarto de hora que se acostó; quería esperarte.

— Y tú.... ¿ qué querías tú?

— Que no te viese entrar.

Después de un momento de silencio:

— Etienne, eres una buena muchacha; oye, mañana iré á casa de Louisot; pues bien; te juro, ¿ lo oyes? te juro que volveré á la hora de cenar; no quiero que me esperes y no quiero que Lise se duerma con pesadumbres.

Pero de nada servían las promesas, y en cuanto aceptaba un vaso de vino volvía tan tarde como otras veces. Dentro de casa era Lise omnipotente; fuera, quedaba olvidada.

— Mira — decía M. Acquin — una bebe sin saber lo que hace, porque no puede negarse á aceptar el convite de un amigo; se bebe el segundo vaso porque

se bebió el primero y se forma el propósito de no beber el tercero; pero cuanto más se bebe se tiene más sed. Además, el vino se sube á la cabeza y con él se olvidan los pesares; no se acuerda uno de los alrededores y todo se ve iluminado por un sol hermosísimo y se eleva uno desde la tierra á otros mundos donde se quiere vivir. Y se vuelve á beber. Esto es todo.

Preciso es decir que esto no sucedía con frecuencia. Por otra parte, la época de la elección no era larga, y cuando había pasado, como el padre no tenía motivo para salir, se quedaba en casa. No tenía afición de ir solo á la taberna, ni le gustaba perder el tiempo.

Terminada la estación de los alelías, preparábamos otras plantas, pues es de regla que un jardinero no debe tener vacío ni un solo rincón de su jardín; en cuanto se venden unas plantas se deben reemplazar con otras.

Lo importante para el jardinero que trabaja con el objeto de llevar sus flores al mercado, consiste en hacerlo en los momentos oportunos para obtener la mayor ganancia posible. Estos momentos son los de las grandes festividades del año: San Pedro, San Luis, la Asunción, pues hay un número considerable de personas que tienen aquellos nombres, y por tanto, es también considerable el número de macetas ó de ramilletes que se venden en dichos días, y que se destinan á felicitar á los parientes ó á los amigos. Sabido es que las vísperas de tales fiestas todas las calles de París están cubiertas de flores, no solamente en las tiendas y en los mercados, sino en las aceras, en las esquinas, en los dinteles de las puertas y donde quiera que es dable instalar un puesto.

En cuanto concluían los alelías, se dedicaba M. Acquin á trabajar para las fiestas de los meses de Julio y de Agosto, sobre todo para las de este último, en el cual hay la Asunción y San Luis, y con este objeto preparábamos millares de margaritas, de fuchsias y de rosas, hasta donde podían contener las albitanas y la estufa; era necesario que todas aquellas plantas estuviesen en flor para los días indicados, ó más pronto, porque estarían pasadas en el momento de la venta, ni más tarde, porque todavía no tendrían flores. Se comprende que esto exige cierto talento, pues el jardinero no dispone á su voluntad del sol ni del tiempo, que puede ser más ó menos hermoso. M. Acquin era un maestro consumado en este arte y nunca sufrió perances la florescencia de sus plantas. ¿ Pero qué suma de cuidados y cuánto trabajo suponía aquel acierto!

En el momento á que me refiero en este relato, anunciaba la temporada bajo los mejores auspicios; estábamos á 5 de Agosto, y nuestras plantas mostraban sus botones. En el jardín, al aire libre, veíanse las corolas de las margaritas próximas á desarrollarse, y en la estufa y en las albitanas, cuyos cristales estaban cuidadosamente blanqueados con agua de cal á fin de tamizar la luz, comenzaban á florecer las fuchsias y las rosas. El golpe de vista era magnífico, y muchas veces observé á M. Acquin frotándose los manos de gusto.

— La temporada será hermosa — decía á sus hijos

Y mientras se sonreía echaba en voz baja la cuenta de lo que le producían aquellas flores.

Habíamos trabajado ruidamente para conseguir aquel triunfo sin permitirnos una hora de diversione ni aun el domingo, y como todo estaba dispuesto y en orden, se decidió que el domingo 5 de Agosto iríamos a Arcueil para comer en casa de un amigo de M. Acquin, jardinero como él; *Copi* sería también de la partida. Se trabajaría hasta las tres ó las cuatro, y cuando estuviera concluido cerraríamos la puerta con llave y nos encaminaríamos alegremente hacia Arcueil para llegar á las cinco ó las seis. Terminada la jornada emprenderíamos la vuelta á fin de no acosarnos muy tarde y estar dispuestos al trabajo el lunes por la mañana bien temprano.

¡Qué alegría!

Todo se hizo como estaba pensado, y algunos minutos antes de las cuatro cerraba M. Acquin la puerta principal dando dos vueltas á la llave.

— En marcha todos! — dijo alegremente.

— ¡Adelante, *Copi*!

Y tomando á Lise por la mano, me puse á correr con ella acompañado de los ladrillos de *Copi*, que saltaba dando vueltas á nuestro alrededor. Acaso creería que volvíamos á nuestra vida de las carreteras, la cual la hubiera agradado más que permanecer en casa donde se fastidiaba, pues no siempre me era posible ocuparme de él como quería.

Habamos vestidos en traje de día de fiesta. Muchas personas se volvían á mirarnos cuando pasábamos junto á ellas. Yo no sé lo que yo les parecía, pero Lise, con su sombrero de paja, su vestido azul y sus botitas de tela gris, estaba encantadora, manifestando su gracia y su viveza; los ojos, las narices temblorosas, los hombros, los brazos, todo hablaba en ella y todo indicaba su alegría.

Pasó tan rápidamente el tiempo que no me di cuenta de lo que sucedió; todo lo que sé es que al llegar al fin de la comita, uno de los convidados observó que el cielo se cubría de gruesas y oscuras nubes por la parte de Poniente, y como la mesa estaba dispuesta al aire libre, debajo de un enorme sáuco, nos fué fácil comprobar la verdad del anuncio.

— Hijo talo, es preciso volver pronto á la Glacière.

Al oír estas palabras se elevó una exclamación general.

— ¡Tan pronto!

Lise no dijo nada, pero hizo señas de disgusto y de protesta.

— Si se levanta el viento puede destrózar las vidrieras; vamos.

No se podía replicar; sabíamos todos que las vidrieras son la fortuna del jardinero y que si el viento las rompe es segura la ruina.

— Vay delante — dijo M. Acquin; — ven conmigo, Benjamín, y tú también, Alexis, iremos á paso acelerado. Remi vendrá detrás con Etienne y con Lise.

Y sin decir más, partieron á largos pasos mientras nosotros les seguíamos más despacio, arrugando Etienne y yo nuestra marcha á la de Lise.

No se trataba de ir y si corrimos ni saltábamos. El cielo se oscurecía por momentos, y la tempestad llegaba rápidamente precedida por nubes de polvo que el viento arrebatava en grandes torbellinos.

Cuando uno de estos nos sorprendía, era preciso detenerse, volver la espalda al viento y taparse los ojos con las manos para no quedarse ciegos; si su respiración se percibía en la boca en sabor á guijarros.

Retumbaba el trueno en lontananza, y su temeroso ruido se acercaba por instantes, mezclado con los vivísimos fulgores del relámpago.

Etienne y yo habíamos cogido á Lise por la mano, y casi tirábamos de ella, pero la costaba mucho trabajo seguirmos y no marchábamos tan de prisa como queríamos.

¿Llegaríamos ántes que la tempestad?

¿Habrían llegado ya Alexis, Benjamín y su padre?

Para ellos la cuestión era de más importancia; para nosotros se reducía sencillamente á no mojarnos.

El estampido del trueno aumentaba cada vez de intensidad y tan espesas eran las nubes que parecía ser de noche; cuando el viento las entrecabía, veíamos acá y allá, en sus negros remolinos, profundidades y senos de color de cobre. Era evidente que aquellas nubes descargarían de un momento á otro.

¡ Cosa extraña! En medio de los bramidos del trueno oímos un ruido formidable que se acercaba hacia nosotros y cuya causa no podíamos explicarnos. Parecía que un regimiento de caballería caminaba al galope para huir de la tormenta; pero esta suposición era absurda; para qué habian de ir los jinetes á aquel barrio?

De repente empezó á caer un pedrisco; algunos granos azotaron al principio nuestras caras, y al poco tiempo sobrevino una verdadera avalancha, obligándonos á buscar refugio en el dintel de una puerta cochera.

Entonces vimos caer el chubasco de granizo más terrible que puede imaginarse. En un momento se cubrió la calle con una capa blanca como cuando nieva en invierno; los granizos eran tan grandes como huevos de paloma, y al caer producían un ruido sordo en medio del cual se oían, á veces, los crujidos de los cristales rotos por el pedrisco. Juntamente con el granizo que se deslizaba desde los tejados á la calle caían objetos de todas clases, pedaxos de tejas, yesos y pizarras que formaban montones negros sobre la blancura de la granizada.

— ¡ Ay! ¡ Las vidrieras! — exclamó Etienne.

La misma idea se me habia ocurrido.

— ¿ Habrá llegado el padre á tiempo?

— Aun cuando hayan llegado ántes de empezar el granizo, no habrán tenido tiempo de cubrir los cristales con las esteras; todo se va á perder.

— He oído decir que el granizo cae en determinados sitios.

— Estamos demasiado cerca de la casa para suponer que no produce en ella sus efectos; si cae en el jardín lo mismo que en esta calle, se va á arruinar el pobre padre; ¡oh, Dios mío; contaba con el producto de la venta y necesitaba dinero!

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

CAPÍTULO XIII.

SÓLOQUO.—PREVISIONES DE JUAN BALLESTA.—¿QUÉ RESOLUCIÓN SE ADOPTARÍA?

I.

La embarcación inglesa, á impulsos de su poderosa máquina, surcaba los mares de la zona glacial atlántica á razon de diez y seis millas por hora. Marchaba en pos del *Baltasar Ballesta*, sin haber conseguido aún avistarle; sin embargo, según pensaba el capitán inglés, no debía navegar muy lejos....

Pero transcurrieron dos, tres y más días, y la embarcación, objeto entónces de todos los afanes de mister Crossbow, no daba señales de vida por ningún lado.

En balde el terrible gibraltareño examinaba hora tras hora, durante días enteros, los cuatro cuadrantes del horizonte; ni el más leve indicio del barco que perseguía presentábase á sus ojos en aquellos solitarios mares.

¿Cuánto le contrariaba una situación que sólo receles é inquietudes despertaba en su ánimo!

Algunas veces dejábase llevar por halagadoras esperanzas.... Entónces en las sombrías profundidades de su inteligencia batalladora surgían de repente contradictorias ideas, con las cuales sostenía, mentalmente, animados diálogos, en éstas ó parecidas formas:

—Si; ¿cómo es que no le encuentro cuando sólo me lleva algunas horas de ventaja y es mi goleta de mayor andar que la suya?... ¿Qué, no lo puedo saber? ¡Voto á la Nueva Sion! Tengo absoluta certeza, porque él se habrá ajustado en un todo á las instrucciones de su padre, mientras que yo puse en mi barco una máquina de mayor potencia.... Pero, ¿por qué no le alcanzo? ¡Ah, rayos de Dios! Si hubiese Tomás encontrado las oportunidades apetecidas.... ¿Que no es mi proceder legal?... ¡Por la Nueva Sion! Todos los medios son dignos cuando de aplastar á inmundos reptiles se trata.... Además, éste es un combate á muerte; y para mí, sobre toda clase de consideraciones, se encuentra la mayor honra de mi patria.... ¿Que mi origen es español? ¡Truenos y rayos! Reniego, abomino de él.... Mis instintos, mis costumbres, mi manera de ser, en fin, difieren en todo y por todo de los de esa raza maldita.... ¡Ah! y él, Félix Ballesta se ha unido en matrimonio con la miserable que despreció mis ofertas.... ¡La señorita Clotilde, como decía aquel impertinente criado! ¿Que me

dará en ojos porque obtendrá de esa mujer sucesión? Confieso que esta idea me exalta.... ¡Cien tormentas! La Providencia jamás quiso otorgarme tan señalado bien. Y él, mi Ballesta, un indigno papete alcanzará.... ¡Nunca! Estas heladas regiones serán primero su mortuorio albergue. Acaso.... acaso yo persigo en estos momentos más que su rígido cadáver.... Si Tomás ha cumplido como debe.... si ha encontrado ocasiones propicias.... ¡Adelante, capitán Crossbow! El honor, la gloria y la riqueza te aguardan en estas inexploradas latitudes. ¿Que no es tan el secreto? ¡Poco me importa! Inglaterra domina en todos los mares; en todos ellos se ven ostensibles manifestaciones de su fuerza y poderío.... Le corresponden, pues, de derecho las primicias de todo descubrimiento geográfico.... Suyos serán, yo lo fio, los honores de esta empresa.

Como se ve, el capitán del *Great-Britain* poseía una lógica *sui generis*, especial de su genio dominante y contradictor; lógica que muchas veces ni aun un posible tomarla en serio; pero tal era, con todos sus malas condiciones, este singular personaje.

II.

De día en día, gradualmente, íbase elevando la baja temperatura que hasta entónces imperaba en aquel extremo del mundo. Rápidamente, pues, se aproximaba el estío, la buena estación de aquellos rigurosos climas.

Atestiguábanlo no sólo el movimiento que entre los habitantes de las salobres ondas se advertía, sino los numerosos bloques de hielo que, desprentándose de las bancas, navegaban en todas direcciones compelidos por la corriente y los vientos; y más que nada, la suave temperatura que algunos días resplazaba á los rigores del invierno polar.

Ciertamente que el cambio no se efectuaba en bruscas alternativas y retrocesos, que hacían dudar de su definitivo triunfo; pero en aquellas heladas latitudes, como otras veces he dicho, lo inesperado, lo excepcional domina en todo tiempo.

Si no son inexactos los apuntes que tengo á la vista, llevaba el día á que voy á referirme la fecha de 9 de Diciembre, y hacia ya siete cabales que las embarcaciones inglesas corrían á la ventura en pos del *Baltasar Ballesta*, sin que hubiesen conseguido alcanzarle.

El capitán John Crossbow, en prevision de futuras contingencias, hizo cuanto pudo por identificar

con sus propósitos y esperanzas á las tripulaciones de sus buques; y aunque no eran, en verdad, hombres escogidos los que las acompañan, pues encontrábase en ellas lo peor de cada casa, como suele decirse, el orgullo inglés, hábilmente explotado por el gibraltareño, juveniles sobreponerse á toda clase de consideraciones y marchar unidos hácia los fines que su jefe se proponía.

Sólo un hombre permanecía á bordo frío é impassible en medio de la viva excitación que dominaba á los demás; éste era el irlandés Mr. Francis O'Donnell, teniente de navío y delegado del gobierno de la Gran Bretaña en aquella expedición.

Con glacial indiferencia contemplaba el entusiasmo de sus compatriotas. Quizá por esta razón, á más de otra que pudiera haber, establecióse entre el hijo de Gibraltar y el de la Verde Erin cierta antipatía, vedada por ambos con las más corteses formas.

De seguro que si el teniente de marina no llevase á bordo la representación oficial de que estaba investido, habiéndolo, en más de una ocasión, demostrado el inglés su ojeriza; pero la especial misión que le caracterizaba obligábase á disimular su encono.

Sin embargo, á objeto de contrarrestar su influencia é intervencion en determinados casos, consiguió, por medio del contramaestre William y de otros satélites de igual jaez, que la marinería, casi en su totalidad, hiciera suyos los recores y los propósitos que en su atrevido espíritu dominaban.

III.

Á pesar de lo que precede expuesto, no juzgaba el capitán inglés muy satisfactoria la situación. Dudas, perplexidades é inquietudes sin número le asaltaban de continuo. De vez en cuando entregábase con ánimo inquieto á largas meditaciones.... Absorto en ellas, pasaban por su imaginación en raudos torbellinos multitud de pensamientos, que, casi siempre, concretábanse á los que siguen:

¿Qué sería del buque español? ¿Habría tal vez perecido en aquellos tempestuosos mares, ó conseguiría poseenarse de él el contramaestre Tomás? ¿Continuarían sus buques navegando hácia el E. en demanda del enemigo?

Pronto encontraríase la expedición inglesa en pleno solado de verano, y de continuar la persecución que se había propuesto, perdería, si el *Baltasar Ballesta* no se encontraba ya en condiciones de llevar adelante su empresa, un tiempo precioso corriendo en pos suya, y acaso, acaso, la oportunidad de hacer el descubrimiento martiano que ambicionaba.

Entre los dos extremos de este dilema, ¿por cuál optaría?

En el primero exponíase á perderlo todo; en el segundo, sin norte ni guías determinados, marcharía á ciegas hácia lo desconocido, esperando que sólo la casualidad y su buena fortuna auxiliasen sus propósitos.

El tiempo apremiaba y era necesario adoptar una resolución.

Á fines de Diciembre hallábase allí el estío en toda

su plenitud; más tarde sería aventurado, cuando no inútil, buscar el paso libre que llevaba á las desconocidas tierras á que aportó el holandés Van-der-Zaans.

Por otra parte, teniendo la dicha de encontrar al buque enemigo, según solía designarle el inglés, y seguir sus huellas, facilitaríase en grande sumo los propósitos de Juan Ballesta.

¿Cuál de éstos dos caminos conduciría más directamente al fin ansiado?

Este era el problema y éstos los pensamientos que en el batallador cerebro de aquel hombre luchaban entre sí con ruda porfía. Irresoluto mostrábase, sin saber á cual de ellos se inclinaria, por más que en su inteligencia procuraba pesar concienzudamente el pro y el contra de cada uno.

Pero tal situación no podía prolongarse indefinidamente por las razones expuestas. Urgía adoptar una determinación.

De buena gana el capitán inglés hubiera celebrado consejo con los oficiales de á bordo, á fin de acordar lo más conveniente, oído el parecer de todos; pero temió ponerse en abierta hostilidad con el marino irlandés, y separadamente consultó á los pilotos John Smith y Jacob Mc. Nally acerca de aquel asunto.

Ambos á dos mostráronse partidarios de abandonar á su destino á la goleta española, y lanzarse atrevidamente por los caminos del Sur, confiando en que su inteligencia y el genio protector de la Gran Bretaña allanarían todas las dificultades.

Á esta solución mas que á otra alguna inclinábase también el capitán Crossbow; por cuyo motivo decidióse fácilmente por tal extremo y púsole al punto en ejecución, con gran contentamiento de las tripulaciones del *Great-Britain* y del *Gibraltar*.

—¿Por qué—preguntábase pensativo Juan Ballesta—el derrotero trazado por el capitán holandés sigue una línea recta, prescindiendo de la esfericidad del globo, por el meridiano 20, que casi corresponde al de la isla de Hierro, si á lo mejor esa línea se interrumpe en el mapa de un modo brusco é incomprendible?

Á menudo proponíase John Crossbow esta cuestión, sin encontrar en su imaginación una respuesta satisfactoria.

Empero, cierto día que formulaba delante del primer piloto y del teniente de navío aquella especie de problema, dijo el último:

—Paréceme, capitán, que no es tan difícil aproximarse á lo que esa misteriosa contradicción parece indicar....

—¿Por la Nueva Sion!—exclamó picado en su amor propio el gibraltareño;—¿encontráis vos fácilmente explicable ese enigma?

—En el terreno de las hipótesis, más ó menos lógicas, sí.

—Á ver, á ver.... ¿Rayos de Dios! Servios manifestar, Mr. O'Donnell, si á bien lo teneis....

—También yo he pensado algunas veces en la incógnita de ese axioma, y conceptó....

—Decid, decid.

—Que el derrotero, cortado en el paralelo 62 y el meridiano 20, sigue adelante....

—¡Por el profeta Isaías! Como no dignis otra cosa.... Bien presumo que el itinerario irá adelante.

—Ciertamente; pero ¿en qué dirección?

—¡Ah! en cuanto á eso.... no he pensado.

—Á ser yo el jefe de la expedición, por más que temiera equivocarme, avanzaría resueltamente en línea recta hacia el Sur por el meridiano aludido....

—Quizás tengáis razón.... La barrera de témpanos que en el mes de Octubre nos cerró el paso en el paralelo 62, habrá modificado su estructura á consecuencia del deshielo....

Casi sin acabar la frase, Juan Ballesta volvió la espalda y se alejó con aire indiferente.

CAPÍTULO XIV.

CAMINANDO HACIA EL SUR.—LA BARRERA DE HIELOS.—
LA PESCA ENVENENADA.—ANTAGONISMO LATENTE.

I.

John Crossbow prometiése seguir en un todo el pensamiento del oficial irlandés, que adoptó desde luego cual si fuera suyo. Á lo que parece, en esto como en otras cosas, el inglés era aficionado á apropiarse los pensamientos ajenos, cuando podían serle útiles.

Este detalle, más que nada acaso, influyó en su ánimo é hizo-le inclinarse en el problema que tan perplejo le tenía, hácia la segunda de las soluciones propuestas, lo cual tuvo efecto trascurridos apenas dos días de la somera indicación del teniente de navío.

En el momento en que el jefe de la expedición británica resolvió abandonar la caza del *Baltasar Ballesta*, encontrábase sus buques á 67° de latitud Sur y á 3° 5' de longitud E. del meridiano de la isla de Hierro.

Viró, pues, de bordo y puso la proa al O., volviendo sobre sus pasos, como suele decirse. Al siguiente día, cuando llegó al meridiano 20, hizo rumbo por él, dirigiéndose al S. S. E.

¿Alcanzaría al fin Juan Ballesta un definitivo triunfo en sus poco honrados propósitos? ¿Quién sabe, discreto lector!

Los acontecimientos que aun han de desenvolverse de una manera fatal é ineludible en el curso de mi narración, podrán satisfacer más adelante tu curiosidad con amplia copia de datos.

Me está vedado en absoluto complacerte, porque acerca de los futuros sucesos de este relato me encuentro tan á oscuras como tú.

Y para que ni por un solo instante pongas en duda este aserto ni en tela de juicio mi buena fe, te advierto que voy refiriéndote esta verídica historia al par que la confecciono, según las extractos, noticias y antecedentes que tengo á la vista. Sirvame esto para sincerarme, si, en casos análogos al presente, no puedo satisfacer, perspicaz lector, tus curiosos instintos.

II.

Trascurrieron dos días; el 12 de Diciembre apenas dejó entrever la noche su oscura sombra: el resplandeciente astro de la luz hizo tan sólo el simulacro, permitiéndose este concepto, de traspasar el horizonte, porque desapareció en él una parte no más de un disco.

Las embarcaciones inglesas navegaban por aquel extremo austral del mundo, haciendo once nudos por hora; auxiliábase palerosamente el viento contralísio, que inclinába á un largo las grandes velas de los buques.

Cuanto más se acercaban al polo, encontraban á cada momento numerosos *icebergs* y témpanos flotantes, que sorteaban con gran destreza los marineros ingleses, alocionados por el accidente ocurrido al *Great-Britain*.

En las primeras horas del día 13 soplaban con tanta fuerza, que hizo-se necesario recoger las velas mayores; é el mar encontrábase también fuertemente agitado; algunas veces sus enormes olas, en forma de montañas heladas parecían pasar, ¡tal era la ilusión óptica! por encima de las naves, convirtiéndose en menudo polvo.

Este singular espectáculo sorprendía y aun causaba vivos terrores en los marineros; pero bien pronto familiarizáronse con el peligro y le arrostraron estóicamente, por más que comprendieran que una colisión entre un buque y alguna de aquellas prodigiosas montañas de hielo les haría perecer irremisiblemente.

Con esta terrible amenaza suspendida sobre sus cabezas, como suele decirse, navegaban aquellos rudos marineros por el piélago austral, sembrado de móviles islotes de hielo, cien veces más peligrosos que las sirtes que á flor de agua se encuentran en otros mares. Pero la audacia del hombre le ayeza fácilmente á las más angustiosas situaciones de la vida.

Todo aquel día experimentóse un frío insostenible, por más que en aquellas zonas terrestres impemis casi en toda su fuerza la estación solsticial.

Serían las primeras horas de la tarde, cuando encontrábase el *Great-Britain* y el *Gibraltar* á 69° 15' de latitud S. interceptóles el paso una inmensa barrera de hielos, que se extendía de E. á O. en cuanto alcanzaba la vista.

Enormes bloques helados, teñidos de todos los colores del iris, se elevaban en córtes verticales á muchos metros de altura.

Indudablemente, aquellas considerables masas de hielo descansan sobre tierra firme; eran completamente inabordables, y su deshielo parecía que se realizaba con gran rapidéz.

John Crossbow determinó costear con sus bajelas la banca de hielo hácia el E., hasta encontrar una abertura que la franquease en dirección al Sur.

Dos días consecutivos, sondeando á menudo y á media máquina, costearon la enorme banca sin hallar en ella paso alguno hácia el interior. Sin embargo, en la mañana del tercero detuviéronse las dos embarcaciones como á una milla de la helada costa.

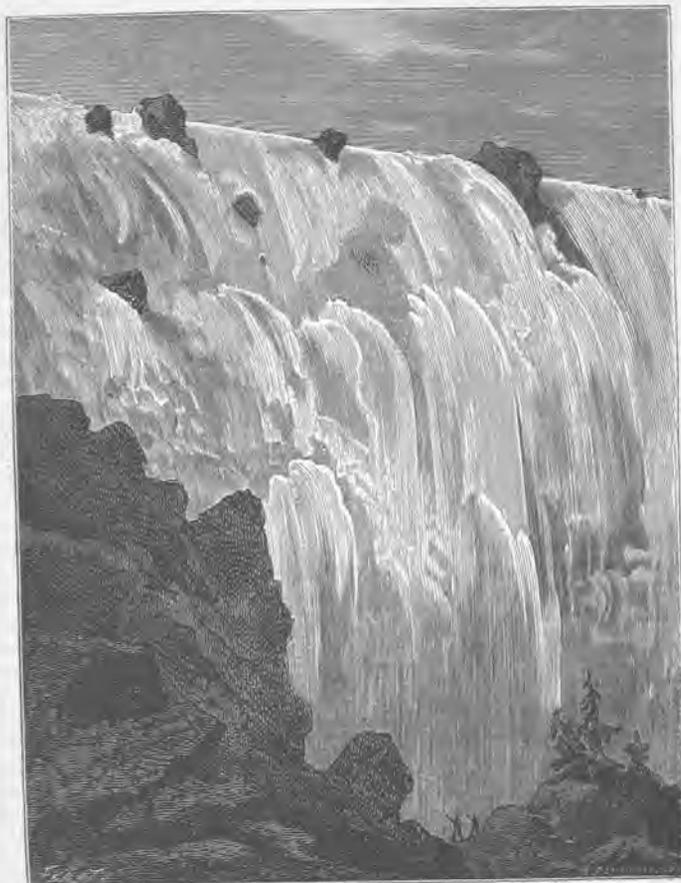
En frente de ellas se veían, hundiendo su base en

el mar, abruptos y enhiestos peñascos, á los cuales el deshielo había despojado de su corteza glacial. Algunos pinos de desconocida especie, desmedrados, amarillentos, retorcidos, alzaban su escaso ramaje en un pequeño vallecillo, cerrado interiormente por otra barrera de hielos, que se levantaba á grande altura.....

Tan rápido era el deshielo, que semejava una cas-

cada inmensa, descendiendo desde la cúspide de aquel formidable murallon al fondo del pequeño valle.

John Smith, primer piloto del *Great-Britain*, y el conatnaestre William, fueron á explorar aquel valle de tan desolado aspecto, por si era fácil penetrar por él en el interior de aquellas tierras; pero su expedicion no produjo satisfactorio resultado.



Tan rápido era el deshielo, que semejava una cascada inmensa....

La montaña de nieve, perfectamente vertical, cerraba el fondo del vallecillo; y su deshelada corteza, que en torrentes de limpidas aguas descendia desde la cumbre, formaba un lago profundo y de gran extension.....

Jacob Mc. Nally trazó un ligero croquis de aquella extraña perspectiva.

III.

En la tarde de aquel dia ocurrió á bordo del buque que montaba el capitán Cróssbow un suceso verdaderamente extraordinario. Mientras las embarcaciones estuvieron al ancla en frente del valle, algunos marineros echaron á las salobres ondas varios

aparejos de pescar; y con tan buena fortuna fué que cogieron abundante cosecha de grandes peces.

Tenian éstos alguna semejanza con los denominados *soles*, que pertenecen al género *tetradonte* de Linneo; su ebeza era de aspecto feo y casi repugnante.

Cansada la tripulacion del régimen de conservas y carnes saladas á que venia sujeta desde tanto tiempo atras, acogió llena de júbilo la pesca de sus camaradas, prometiéndose con ella variar su alimentacion durante algunos dias.

Condimentados á última hora por el cocinero del *Great-Britain* dos de los citados peces, como por vía de ensayo, pareció delicadísima su carne á cuantos probaron de ella. Pero trascurrieron apenas algunas horas

y los que tal hicieron viéronse, sin saber cómo, presa de angustiosos náuseas, grandes vómitos y fuertes dolores de cabeza y de huesos; algunos experimentaron también suma postración, y otros perdieron tan en absoluto el sentido del tacto, que no acertaban á distinguir los cuerpos pesados de los ligeros.

Grande fué la alarma y el espanto que este suceso produjo á bordo; los afectados de aquellos síntomas creyeron llegada ya su última hora; á un perro, que comió algunos desperdicios del pescado, vióse morir en medio de horribles convulsiones....

Por fortuna, el médico de á bordo administró á los enfermos oportunamente una dosis de emético, y procurándoles despues abundante traspiración hizo inofensivos los efectos del mal.

IV.

—¿Por la Nueva Sion!—dijo el capitán inglés—que no he tenido jamás noticia de un hecho semejante....

—Mucho me extraña—interrumpióle con cierta sorna el teniente irlandés—lo que acabais de decir, monsieur Cróssbow.

—¿Truenos y rayos! ¿Por qué?

—Siendo marino, y sobre todo tan buen inglés, es raro no recordaréis que en los viajes á las regiones antárticas del célebre James Cook....

—¿Y bien! ¿qué?

—Supongo que á fuer de buen marino y de mejor inglés, conoceréis al dedillo cuanto á dichas expediciones se refiere.... Ahora bien, en el segundo de esos tres famosos viajes ocurrióle al capitán Cook por dos veces un hecho semejante al que ha tenido lugar á bordo.

—¿Por el profeta Ezequiel! El hecho es si nada explica....

—Aguardad—repuso sonriendo flemáticamente monsieur O'Donnell;—el capitán Cook y sus oficiales llegaron á averiguar que los peces que habian comido estaban envenenados....

—¿Ah! bien, la cosa se explica.... Esos peces son por lo visto dañosos al hombre....

—Os equivocais, capitán; nada de nocivos tienen....

—Pues entónces, ¿voto á la Nueva Sion!—exclamó el inglés contentándose á dimes y penas—metaisme en un mar de confusiones con vuestras retencijas....

—Atended: algunos indigenas de las islas del Océano austral rompen la coquearia, que, como no ignoraréis, es una planta anti-escorbútica que se produce también en estos climas, y mezclándola con pequeños moluscos, arrojan esta mezcla al mar cuando ven un banco de peces, los cuales, embriagados con aquel codo, suben á la superficie de las olas, y es fácil empresa entónces cogerlos á manos llenas. Refirió esto con más extension el sabio naturalista John Reimbold Forster, que acompañaba al capitán Cook en su segundo viaje.... Ved ya explicado el suceso que tanta alarma nos ha producido....

—¿Rayos de Dios! no querréis significar que la sido infandada, Mr. O'Donnell....

—No por cierto; pero sí manifestaré que, aparte los resultados que pudieron ser terribles para algunos de nuestros hombres, debiéramos congratarnos de lo sucedido....

—¿Cien tempestades! Eso pasa ya de la raya....

—Calmaos, Mr. Cróssbow. ¿Quién, viendo vuestra ingénita acometividad, pudiera presumir que un inglés?....

El capitán gibraltareño mordióse los labios un momento no es despechado y móbino. Francis O'Donnell continuó diciendo:

—He manifestado que debía regocijarnos aquel suceso, por que suministra un dato de gran interés para nuestra expedición.... Los peces cogidos á bordo fueron, sin duda, envenenados por el procedimiento indígena á que hice referencia ántes. Luego, no á mucha distancia del lugar en que se los pescó, existían tierras, cuyos habitantes deben emplear aquellos medios para obtener abundante pesca.

—Atinadísima es vuestra observacion—exclamó John Smith, que hasta entónces habia guardado silencio;—pero, decidme, ¿no produce á los naturales de estas regiones el efecto que en nosotros la carne de esos peces cogidos de tan extraña manera?

—La especie de intoxicacion embriagadora que experimenta el pescado no es permanente; transcurrido algun tiempo se ve libre de ella, y entónces nuestra economia no se resiente en nada si nos alimentamos con su carne; de esta suerte proceden los indigenas.

—Pues, ¿voto á la Nueva Sion! no he de comer nunca de los peces pescados en estos mares; no niego por esto que sean inofensivos en las circunstancias que decís.

—Bien haréis, capitán, en no exponeros á semejante contingencia. Valeis mucho, y todo el reino unido de la Gran Bretaña, lamentaría que os ocurriera algun grave accidente.

John Cróssbow fijó sus airados ojos en el teniente de navio; éste permaneció impassible é indiferente.

Despues de un instante de vacilacion, Juan Ballesta abandonó la toldilla lentamente, seguido de John Smith. Imperceptible sonrisa vagó un instante en los labios del irlandés.

CAPÍTULO XV.

LOS COLORES DEL AGUA DEL MAR.—EL CASO DE LAS CORRIENTES.—MISTERIOSO FENÓMENO.—¿SERÁ LA EMBARCACION ENEMIGA?

I.

Las naves británicas habian costeado la gran banca de hielos al E., en un espacio de más de noventa millas, sin encontrar en ella ninguna abertura ó paso libre, aunque el deshielo era general, y desprendiéndose á menudo enormes témpanos que actu continuo empezaban á sobrenadar en las transparentes ondulaciones.

Poco despues llegaron, siguiendo aquel rumbo, á un gigantesco cabo ó promontorio, completamente despojado de hielos, que avanzaba hacia el mar y volvía bruscamente al Sur, formando un ángulo de noventa grados; dobláronse los bajeles y pusieron la proa en aquella direccion.

Llevaba aquel día la fecha de 15 de Diciembre. Cuando Mr. Crosshew penetró en el mar que ante él se extendía, avanzando hacia el Sur, su satisfacción, su regocijo no tuvieron límites. Poco tiempo después de doblar el promontorio advirtiéronse á bordo que una gran corriente arrastraba las embarcaciones á los desconocidos parajes en que el gran continente polar debía encontrarse situado.

Este hecho fué de felicísimo augurio para Juan Ballesta, las más dulces esperanzas le soureian. Todo, pues, marchaba perfectamente á bordo.

Una ligera neblina ocultaba al S. el horizonte; por la banda de estribor perfilase en indecisa lontananza la barrera de hielos; su extensión era considerable. Después de trazar el croquis del promontorio, los oficiales ingleses fijaron su situación en los 70° 20' de latitud S. y 8° 11' de longitud E., y diéronle la denominación de *Cabo de las Corrientes*, porque advirtieron que eran dos: una que parecía ascender hacia el polo, y otra que corría en sentido contrario como si viniese de él.

Segun asevera el famoso ballenero Scoresby, los mares glaciales tienen un hermoso color verde oscuro, que contrasta singularmente con el trasparente azul de las corrientes polares. Las corrientes son los ríos del mar; corren por él sin mezclarse ni confundirse sus aguas con las del salobre piélago, á causa de su rapidez de traslación.

Los marinos ingleses verificáronse de la existencia de las corrientes citadas por sus respectivas velocidades, comparadas con las aguas muertas, si se me permite decirlo así, que cerraban sus orillas, y por el pronunciado color azul del inmenso canal que arrastraban; fuera de ellas, el mar parecía ménos trasparente, y velasde teñido de verdosos matices que presentaban diferentes tonos.

Sábese ya que estas variaciones de color dependen de inmensas cantidades de pequeñísimos moluscos que nadan en la superficie del mar.

Los marinos ingleses comprobaban la exactitud de este hecho: extrajeron agua del mar y viéronla cuajada de innumerables medusas, animales amarillentos; la mezcla de este color con el azul del agua producía el verde oscuro, que matizaba la superficie del Océano glacial en una faja de gran extensión.

Si en la expedición británica no hubiera marinos tan inteligentes y experimentados como el teniente de navío, el comandante del *Gibraltar*, Mr. Lewis Fox y los pilos John Smith y Jacob Mc. Nally, no se habría practicado á bordo ninguna observación científica ni recogido dato alguno acerca de la meteorología, climatología ó historia natural de aquellas apartadas regiones.

Mister John Crosshew no era hombre que se cuidaba mucho de esas cosas. Ademas, en aquellas circunstancias, sólo un deseo, una esperanza, una aspiración tenía cabida en su irritable espíritu: arrebatár á Félix Ballesta por todos los medios imaginables el honor de aquella arriesgada empresa.

Este era el bello *desideratum* de aquel hombre; fuera de este pensamiento único, mostrábase indiferente á todo.

II.

Como ya he dicho, el *Cabo de las Corrientes* velase despojado de sus vestiduras de hielo. Componíale enormes piedras basálticas y ofiolíticas, que formaban un conjunto sombrío é imponente; se elevaría á más de cien metros sobre el nivel del mar; y en su ancho cúspide de redondeados bordes, en los anchurosos canales que serpenteaban en sus flancos, podía fácilmente advertir el geólogo que aquella montaña, aislada casi en medio del mar, era de origen plutónico.

Quizás continúa el antiguo receptáculo de un volcán, apagado al presente, que en remotas edades, puesto en actividad, despedía de su encendido cráter torrentes de lava y de incandescentes materias.

La barrera de hielos que á la sazón costean los bajajes británicos, revestía el mismo carácter que la que miraba al N.; pero el deshielo estaba mucho más adelantado; veíanse en la costa grandes espacios de ella completamente libres de su glacial sudario, aunque no por esto eran más abordables.

Rocas negras, puntiagudas, resquebrajadas, cubiertas de excrecencias y rugosidades, y arrojadas en montón unas encima de otras, constituían la desolada perspectiva que presentaban aquellos parajes.

Ni un árbol, ni una planta, ni el más desmembrado arbusto erguíase en medio de aquella triste naturaleza que ostentaba agotados los gérmenes de la vida. Sólo en algunos sitios, en que la superficie de la roca era ménos áspera, crecía una especie de musgo, microscópico líquen, descolorido, amarillento, de tan efímera existencia, que en esto pudiera compararse con la *libélula* de nuestros campos, que sólo viven un día.

Inútil era pretender desembarcar en aquellos salvajes peñascos; no había entre ellos y las maravillosas descripciones del ballenero Van-der-Zaans conexión alguna.

El *Great-Britain* y el *Gibraltar*, navegando en conserva, adelantaban lentamente por aquella desconocida ruta. Segun avanzaban por ella iban aflojando á extremo tal los vientos del N. O., que algunas veces, en buen espacio de tiempo, dejaba de aperiibirse el más ligero soplo de brisa.

Constantemente al S., en cuanto abarcaba la vista, velaban los límites del horizonte blanquinosa neblina, que parecía unir en misterioso abrazo los esplendores del cielo y las opacidades de la tierra.

Sin embargo, en medio de aquel blanco cortinaje, suspendido en la atmósfera, los marinos ingleses creyeron advertir singulares desgarramientos y fosforescencias.... Tal vez sería una de tantas ilusiones ópticas de que suele ser víctima el navegante en aquellas apartadas latitudes.

(Se continuará.)



UNA LECCION DE TOREO.
(capítulo IV de "Lina.")

C. Bonasini
1874

FILIPINAS.

POBLACION CAMPESTRE DE LOS ALREDEDORES DE MANILA.

En el número de hoy damos un grabado que representa una pequeña población rural de los alrededores de Manila. Su aspecto pintoresco recuerda los que muchos de nuestros lectores habrán visto en el reino de Valencia, y que consisten en algunas casas y multitud de barracas, cubiertas de cañas y ramas de árboles. Nada tiene de extraño esta clase de construcciones en Filipinas, si se atiende que sus moradores son los que mejor librados salen de los cambios de vientos y los terremotos, tan frecuentes en el suelo volcánizado de aquella isla, los cuales destruyen á veces poblaciones enteras. Especialmente cuando los vientos no van acompañados de lluvias, ó son lo que los naturales del país llaman *collas secas*, anuncios casi siempre de tempestades ó *hagios*, se convierten en huracanes terribles que, á la siniestra luz de los relámpagos y entre el fragor de los truenos, devastan los campos, arrancan de cuajo los árboles más corpulentos, derrivan las casas y arrastran en pos de sí las ruinas estrellando las embarcaciones contra la costa, y aun arrojándolas, como ha sucedido á menudo, en medio de las poblaciones asustadas; presenciándose entonces el cuadro más espantoso de las vicisitudes atmosféricas en el país más bello, más rico y más pintoresco de la tierra. Todavía está fresca la memoria del último terremoto que hubo en la capital, y de las desgracias que ocasionó, sepultando bajo los escombros de casas construídas á la europea, á un número de personas, y produciendo pérdidas incalculables de todo género, muchas de las que se hubieran evitado si el sistema de construcciones hubiese correspondido á lo que exige aquel suelo que tan combatido suele verse por la furia de los elementos.

¡GUTENBERG!

Mucho antes de conocer este sublime nombre inmortal, ya había yo conocido las inmensas ventajas de la imprenta, de ese primer invento de la sabiduría humana; y digo que antes, pues recuerdo, como si lo viera, el magnífico grupo que todas las noches se formaba en casa de mi abuelo, allá en un escondido pueblo cuyo nombre no hace al caso.

El maestro de escuela, el médico, el boticario, el alfézar, el alcalde, el barbero ministrante y el padre de mi padre se solazaban oyéndome leer el único periódico que por entonces se recibía en aquella estrecha región.

El ebisporroteo de los sarruientos sometidos al fuego del hogar y tal ó cual bocadillo de cocina ó buen jamón amenizaban mi lectura.

Era yo el discípulo prefecto de la escuela, no por mi saber, sino por haber logrado la fortuna de ser el nieto del anciano más rico de la comarca.

Nada más bello, amigo lector, que esos cuadros de

aldeas donde la nieve de las canas rodea, sin helarse, al tierno arbusto cuya savia empieza á hacer brotar los pimpollos de la naciente vida en los tallos que han de convertirse en productoras ramas.

¡Con qué entusiasmada atención escuchaban mis apémas bien articuladas palabras aquellos varones venerables! Yo ¡yo que es el orgullo del ignorante! yo creía que todo era por merecimientos míos, sin llegar á comprender que mis labios no eran otra cosa que los instrumentos útiles para transmitir á los demás las magníficas concepciones de la sabiduría humana.

Todas las noches se repetían estas lecturas y cada día eran cosas nuevas las que yo leía.

Asombrábame al ver cómo después discutían aquellos hombres sobre lo mismo que yo había leído.

No llegaba á convencerme de cómo podían hablar de París, Londres, Madrid, América, etc.; aquellos que raramente visitaban una población situada á pocas leguas de distancia.

Y todo consistía en la imprenta, en ese prodigio del saber, al que no han podido superar otras dos grandes inventos, el telégrafo y el vapor.

¡La imprenta! Poderoso agente del pensamiento, eterna página del tiempo, antorcha sublime de la Historia.

Ella rompe las cadenas del oscurantismo y abre á la idea humana magníficos horizontes inundados de luz, donde con indelebles caracteres se leen los nombres de los sabios y de los genios.

Ya no pueden ignorarse los hechos más insignificantes de la vida política, científica, literaria ó artística; la palabra escrita en el molde es más imperecedera que el mármol, más firme que el mismo hierro que la produce, porque bien fácil es pensar que las mejores esculturas se tornan fósiles, al paso que los ilustres nombres de Miguel Servet, Calderon, Miguel Angel, Velazquez, Murillo, y otros mil á cual más venerados, están y estarán eternamente grabados en millones y millones de folios impresos, que constantemente se reproducen.

El triste cautivo de Argel, el soldado de Lepanto, el gran Cervántes, gloria de nuestra España y admiración del mundo, es por la imprenta conocido en la mayor parte de los idiomas del universo.

Ese sin igual invento ni reconoce tiranías que le venzan ni tiempo que pueda destruirle.

El mismo labriego, al paso que dirige la yunta al labrar la tierra que nos da sustento, lleva en algunas regiones una hoja de papel impreso sobre el arado, y en ella aprende á saber, acerca de su trabajo y sobre asuntos generales, lo que de fijo ignoraría siempre encerrado en el estrecho círculo que Dios ha destinado á su ser.

¡Oh, cuánto debe el hombre al portentoso genio que semejante invento produjo para bien del talento y del trabajo!

Con cuánta veneración pronuncia la ciencia humana este bendito nombre:

¡Gutenberg, padre de la prensa!

LUIS VEGA-REV.

RELOJ PNEUMATICO.

Mr. Edwards James Muybridge, de San Francisco (California), es el inventor del ingenioso instrumento que reproducimos en la adjunta figura. El mecanismo que representamos permite distribuir con

precisión la obra á muchos relojes distantes unos de otros.

El sistema consiste en un reloj tipo ó normal movido por un peso, un resorte ó cualquiera otra fuerza motriz apropiada. Este motor mueve á su turno una ó más campanas de fondo abierto, que se sumergen sucesivamente en vasijas que contienen un líquido, y

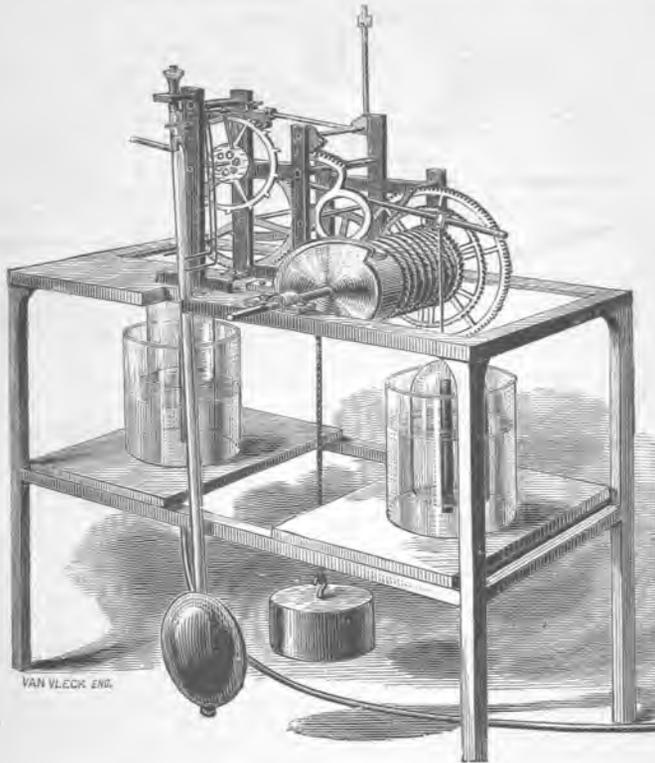


Fig. 1.ª—Reloj pneumático.

elevadas por encima del nivel de este líquido, su descenso produce la presión del aire contenido en la campana sobre la superficie del líquido.

El aire así comprimido se dirige por un tubo por debajo de pequeñas campanas semejantes que se sumergen en un líquido de la misma naturaleza, y cuya subida y bajada, alternativas y regulares así obtenidas, mueven los minutos de otros tantos cuadrantes ordinarios situados en sitios más ó menos lejanos; con el fin de que el aire que sirve para esas transmisiones de movimiento, no pueda experimentar ninguna variación por efecto de cambios termométricos ó barométricos, las campanas regidas por el reloj tipo están elevadas por encima del nivel del líquido en cada movimiento de vaiven de este sistema.

No entraremos en los detalles minuciosos de la descripción de todas las piezas de este aparato; nuestros grabados los suplirán. La figura 1.ª representa el reloj tipo que hace mover, por la presión del aire, las

agujas de los relojes lejanos, de los cuales la figura 2.ª representa un tipo.

LA RANA VERDE.

Hacia principios de Abril, gritos estridentes turbaban nuestras noches de primavera; la nota es vibrante, bruscamente empezada, muchas veces repetida; se diría, según Lacépède, que es una jauría de perros que aullan á lo lejos; las palabras *krac, krac, krac* ó *carac, carac, carac*.... pronunciadas rápida y gurguralmente, dan bien el efecto producido por esta discordante música, cuando, sacudiendo el entumecimiento del invierno, la rana despierta y empieza á poner al borde de algun pantano oculto por grandes árboles.

Los huevos, que caen, por lo general, al fondo del

agua, forman paquetes como los de la rana común, pero estos paquetes son bastante más pequeños y menos numerosos; del segundo al quinto día después de la postura, según la temperatura, sale del huevo un pequeño renacuajo de cabeza bastante larga, cuyo vientre globuloso y muy grueso se destaca en relieve de las fases laterales de la cola; la parte superior

del cuerpo es verde, manchado de amarillo y morado; el vientre es blanco brillante; la cola, de estrías muy finas y próximas, presenta sobre un fondo azulado tres cordones longitudinales de color amarillento.

Dos meses y medio próximamente después de la eclosión, la cola se reabsorbe, y las jóvenes

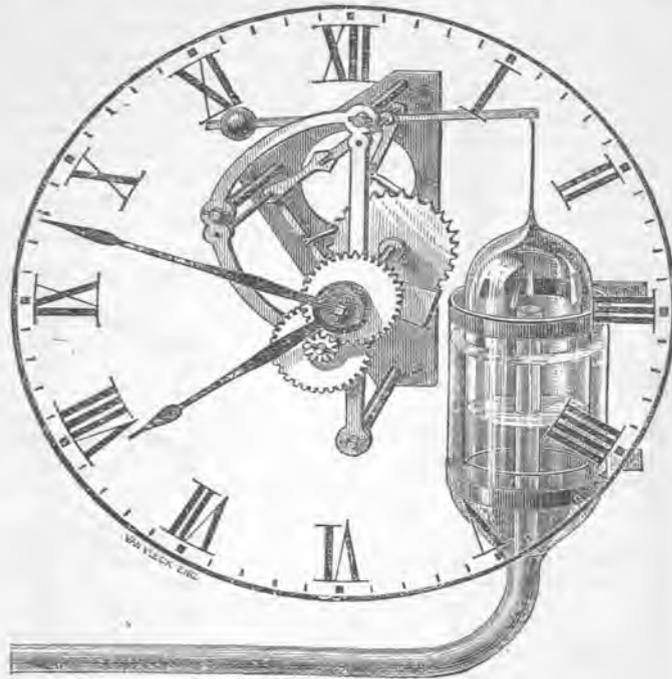


Fig. 2.^a—Reloj neumático.

procuran dejar el agua. El completo desarrollo del animal no se efectúa, por otra parte, sino con lentitud; sólo hacia los cuatro años de edad está en estado de perpetuar la especie; hasta esta edad es casi muda.

Una vez realizada la postura, la rana vive en los árboles, sobre cuyas ramas salta con la mayor agilidad; cuando llega el buen tiempo, se les ve saltar sobre los insectos que pasan á su alcance, cogiéndolos rápidamente por medio de la lengua, que puede invertirse, y sus movimientos se parecen bastante á los del gato que acecha un ave ó un ratón; á veces salta hasta la distancia de un pie sobre su presa. Parece más estúpido que las ranas, temiendo el peligro, no sépan evitarle; fiándose quizá del color dudoso de su cuerpo, que armoniza perfectamente con el de las hojas que la rodean, se deja coger sin dejar el sitio en que estaba escondida.

En otoño, escribe Latarte, cuando vuelven á adquirir la palabra, después de un silencio de algunos meses, las ranas son menos ruidosas que en la primavera. Cada una canta entónces separadamente; se

responden unas á otras en el follaje, principalmente en los días de tormenta, pero no forman esos ensordecedores de los meses de Abril y Mayo. Entónces se callan más voluntariamente de noche, principalmente en el otoño, mientras que en la primavera no se les oye durante el día. La palabra *kror* expresa la nota bastante más lenta, menos chillona, más frecuente y rápidamente repetida que emiten en esta época. Cuando llega el mal tiempo, la rana huye á la tierra, al fango, voluntariamente, por pequeñas partidas.

La rana es demasiado conocida para que sea útil describirla aquí. Dirémos solamente que parece una pequeña rana común, con la excepción que los dedos en lugar de terminar por una punta afilada, se ensanchan en una especie de ventosa. La membrana que reune los dedos, es corta, por más que se prolonga, en forma de ribete, á lo largo de los dos lados; la cabeza es corta, los ojos son bastante salientes, la oreja es muy visible. La piel, del todo lisa en el dorso, es fijamente granulosa en la parte inferior del cuerpo.

En general, la rana es del más bello verde, con algunos matices amarillos hacia las patas traseras; una estrecha banda amarillenta, coronada por un cordón de color moreno, se extiende entre el ojo y la espalda; la parte inferior del cuerpo es blanquiza con algunos reflejos azulados; sobre el iris de color de oro, se destaca la pupila en óvalo de color negro. La coloración del cuerpo puede, por lo demás, variar según las circunstancias, y se ven á veces ranas que del más bello verde pasan al amarillento. Otras son violáceas y se vuelven también en color negro; esta propiedad de cambiar de color no es especial á la rana verde, y todas las ranas están en el mismo caso. Según M. Fatio, el calor, la luz, la sequedad, tienden á aclarar los matices de los batracios, mientras que el frío, la oscuridad y la humedad producen el efecto inverso. Este cambio de coloración está ciertamente bajo la influencia del sistema nervioso; lo mismo que en el camaleón, la capa pigmentaria se compone de dos órdenes de células superpuestas; unas estrelladas y de color sombrío, las otras más pequeñas de forma oval, móviles y contráctiles, se comprime fácilmente que por acción refleja estos dos órdenes de células, según que se dilatan ó se contraen, según las posiciones recíprocas que tomen entre sí, pueden hacer variar el color general del animal. Esta coloración está de tal manera bajo la influencia de la vida, que si se toma un animal del color violeta más profundo y se le sumerge en un vaso de alcohol, los colores normales aparecen á medida que muere el animal.

Comparadas con las ranas comunes, las ranas verdes no presentan otra diferencia que la que consiste en el ensanchamiento en disco de la extremidad libre de los dedos; este carácter es importante; coincide, en efecto, con un género de vida del todo especial á estos animales. Todos, sin excepción, hacia la época de la postura, están en los árboles, gozan; por medio de esa especie de ventosa de que están provistos sus pies y manos, se sostienen en las hojas más lisas y se corren á lo largo de las superficies menos rugosas.

La América es la patria, por excelencia, de las hylariformes, aunque el grupo esté repartido por el mundo entero; Europa es la menos bien provista; no se encuentra, en efecto, sino una sola especie que pertenezca al género rana propiamente dicho, la rana verde ó común; esta especie se halla también en China y en el Japón.

Aunque muy común, la rana parece que llamó poca atención en los antiguos autores. Plinio nos hace saber que hay en Italia una rana pequeña que salta á los árboles y canta en ellos. Rondolet dice: «Que es necesario poner entre el número de los sapos la rana que se llama *dryophyte*.» Desde los naturalistas del siglo XVI, todos los autores que han tratado de los cuadrúpedos ovíparos, como se ha dicho otras veces, han hablado de la rana, y no intentaremos mencionar las numerosas citas que se hallan en sus escritos.

LA LECCION DE TOREO.

CUADRO DE DON ENRIQUE MÉLIDA.

La escena que representa el cuadro cuya copia damos hoy es uno de los asuntos que con vena más fácil y chispeante ha trazado el pincel del Sr. Mélida.

Transportémonos con la imaginación á aquellos tiempos en que las lides tauromáquicas se hallaban en su mayor grado de esplendor; cuando los nombres de los Romeros y Costilláres andaban en labios de las gentes de todas condiciones, que no hablaban de ellos sino con la admiración debida á los grandes hombres. ¿Qué tiene, pues, de extraño que un papá, sin duda grandemente aficionado al taurino espectáculo, trate de imponer al vástago en el complicado mecanismo de las verónicas y navarras?

LAS GOLONDRINAS.

Tomó un esposo la golondrina,
Y un nido en Túnez le construyó;
Llegó el verano, y á la vecina
Costa su esposo se le voló.

Y ella dijo entónces:
«Pues su esposa soy,
Á mi esposo busco, tras mi esposo voy.»

Pasóse á España la golondrina;
Solo en Marbella su esposo halló,
Y en una torre del mar vecino
Un nuevo nido le fabricó.

Y dijo: «Yo le amo,
Y pues suya soy,
Con mi amor me vengo, con mi amor me voy.»

Un nido en Túnez la golondrina
Y otro en Marbella se construyó,
Y en nuestra costa y en la vecina
Casa y esposo siempre encontró.

Yo, que enamorado
Como aquélla estoy,
Tras mi amor me vengo, tras mi amor me voy.

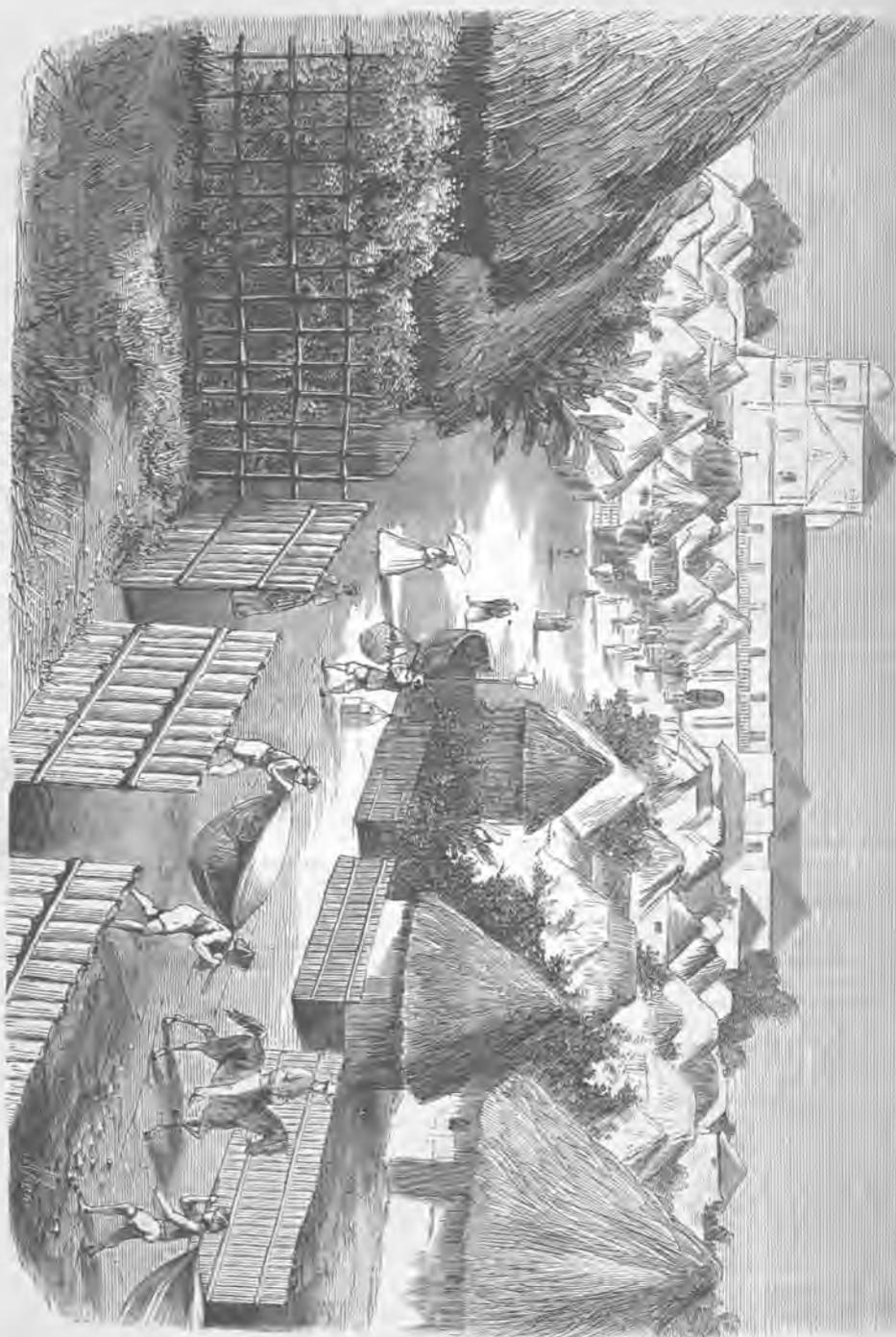
De África viene la golondrina
Buscando el nido que abandonó,
Y á África vuelve la peregrina
Dejando el nido que fabricó.

Y dice, su esposo
No hallando en él hoy:
«Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy.»

De África á España la golondrina
Tras su amor vuela, que se perdió;
Ni en nuestra costa ni en la argelina
Volverá á hallarle, porque murió.

Y ella vuela y dice:
«Mientras viva estoy,
Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy.»

PHILIPINAS.—POBLACION CAMPESINA DE LOS ALREDORES DE MANILA.



Á África fué la golondrina;
Mas ¿qué fué de ella que no volvió?
Cansóse, y presa fué de argelina
Nave corsaria, do se posó.
Y dice en la jaula,
Do la tienen hoy:
«Ni sé dónde vengo, ni sé dónde voy.»

JOSÉ ZORRILLA.

A UNA ESTRELLA.

¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Timido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazón latir?

¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado, como yo, creíste
Eterna tu ventura que pasó?

Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.

Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Eden,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.

Y era tu luz voluptuosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma una ansia eterna
De amor perpétuo y de placer sin fin.

Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Solo un recuerdo al corazón quedó.

Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar;
Si amor aun al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! Yo te ví
Resplandecer en mi frente,
Cuando palpitar sentí
Mi corazón dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía
Con más brillante fulgor,
Mientras yo me prometía
Que jamás se apagaria
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
Brillaste, y en mi ilusión
Yo aquel esplendor te dí,
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te ví?

Una mujer adoré
Que imaginara yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente.

Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y de amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños,
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión
Para nunca más tornar,
Y pasaron,
Y sólo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste
También tu puro fulgor,
Y lloraste;
También, como yo, sufriste;
Y el crudo arpon del dolor
¡Ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura
Para hallar
Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor.
Y piedad llorando imploras
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto:
Pues nuestra gloria pasó,
Juntos floremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente:
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

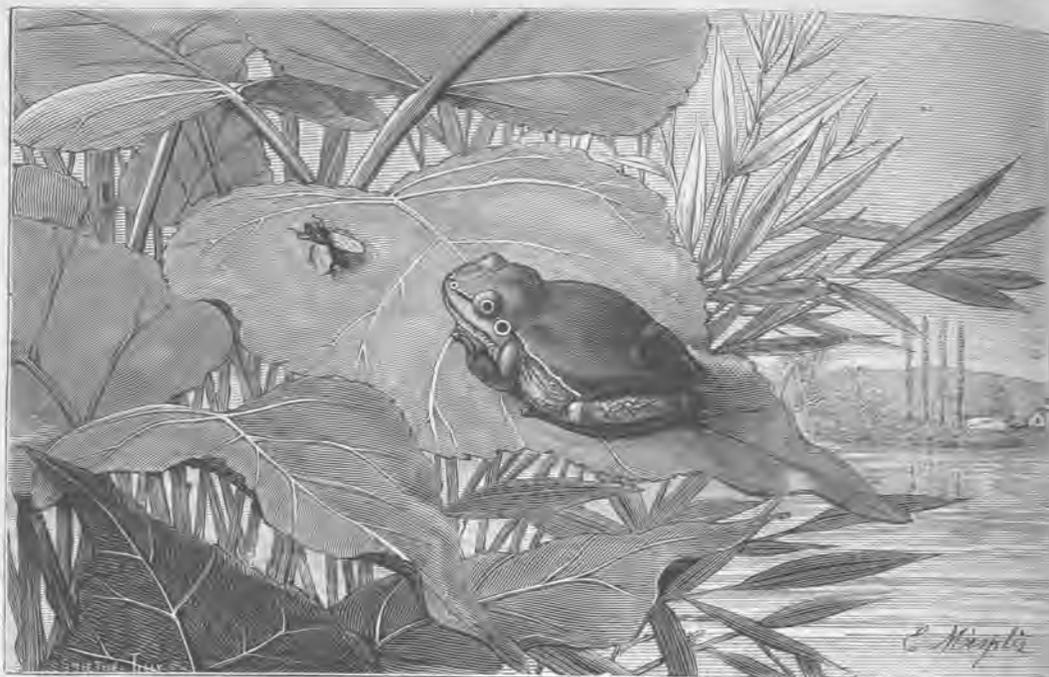
¿Quién sabe!..... tú recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor;
Á tí tal vez te anunciará tu ocaso
Un Oriente más puro que el del sol.

Á mí tan sólo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusión;
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazón.

Yo indiferente sigo mi camino
Á merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
No me importa salvarme ó zozobrar.

ESPRONCEDA.



LA RANA VERDE.

ANÉCDOTA.

Haciendo mención en una tertulia de los *ecos célebres*, varias personas aseguraron sucesiva y progresivamente haber tenido el gusto de oír, repetidos por el eco, en este ó en aquel sitio, cuatro, cinco, seis y aun siete palabras.

—Señores —exclamó un andaluz— todos esos ecos que VV. dicen, son unos pobrecitos. Estando yo en cierto paraje, tuve la ocurrencia de gritar: «¿Cómo está V?» Acto continuo el eco me respondió «Muy bien; gracias.»

EPIGRAMA.

Poner *Visto Bueno* un día
Quiso el alcalde Moreno,
Y lo hizo, por vida mia:
Mas con tal ortografía,
Que puso así: *Bisto Bueno*,
Motejóle con raxon
El fiel de fuchos Panzurro,
Y escribió á continuación
Del susodicho renglon:
¡Já, já, já! ; *Baliente Vurro!*

M. A. T.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Mas vale ser cabeza de raton, que cola de leon.

CHARADA.

Hay música *dos y prima*;
Prima y terciá son cantables;
Dos y tres papel de estíma,
Y el *todo* al bien nos anima
Con avisos saludables.

La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Una lección de torero, cuadro de Méjico.—Reloj pneumático (fig. 1.ª y 2.ª).—Filipinas, población campestre de los alrededores de Manila.—La rana verde.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco Luis Boussuñard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Filipinas, población campestre de los alrededores de Manila.—Gustavborg, por Vega-Rey.—Reloj pneumático.—La rana verde.—Una lección de torero.—Las golondrinas, por Zorrilla.—A una estrella, por Charada.—Anécdota.—Epigrama.—Solución al jeroglífico.—Charada.